

# LOS PROFETAS DE ISRAEL Y SU MENSAJE

---

José Luis Sicre

## 1ª Parte ¿QUE ES UN PROFETA?

### Contenido:

Prólogo

1. ¿Qué es un profeta?
2. Breve nota sobre la inspiración profética
3. Los falsos profetas
  - a) Criterios internos
  - b) Criterios externos
4. Los medios de comunicación de los profetas
  - 1) La palabra
    - a) Géneros tomados de la sabiduría tribal y familiar
    - b) Géneros tomados del culto
    - c) Géneros tomados del ámbito judicial
    - d) Géneros estrictamente proféticos
5. Los medios de comunicación de los profetas
  - 2) Las acciones simbólicas
    - a) ¿Se trata de acciones reales o de ficción literaria?
    - b) Acción simbólica y magia
6. Las narraciones sobre profetas
7. Los libros proféticos: su formación
8. Breve historia del movimiento profético

### PROLOGO

Los libros proféticos constituyen uno de los bloques más importantes del Antiguo Testamento. Para la Iglesia primitiva fueron de sumo interés. En nuestro tiempo, los profetas están de moda. Nada de esto debe extrañarnos, porque los profetas ejercieron un influjo decisivo en la religión israelí.

Pero estos libros tan interesantes resultan también de los más difíciles para un lector moderno. Ante todo, porque los profetas se expresan a menudo en lenguaje poético, y todos sabemos que la poesía es más densa que la prosa, menos atractiva para gran número de personas. Por otra parte, el mensaje de los profetas hace referencias continuas a las circunstancias históricas, políticas, económicas, culturales y religiosas de su tiempo. Numerosas alusiones, evidentes para sus contemporáneos, resultan enigmáticas para el hombre actual.

Cuando se dan charlas o conferencias sobre los profetas es fácil superar estas barreras. he podido experimentarlo en los ambientes más distintos, desde el estrictamente universitario de España hasta el más sencillo de los campesinos y obreros salvadoreños.

Después de esas charlas, ocurría con frecuencias que personas interesadas en conocer más a fondo a los profetas me preguntaban qué textos debían leer, o por qué libro empezaban. Nunca conseguía dar una respuesta satisfactoria, porque enseguida me venían a la mente el cúmulo de dificultades que encontrarían al ponerse en contacto directo con el texto. Por otra parte, los numerosos estudios técnicos, o de poner en contacto con sus ideas más que con sus palabras. Al final, el lector quizá sepa lo que pensaba Isaías o Amós sobre un punto concreto, pero es probable que no haya leído ni uno sólo de sus poemas.

Surgió de este modo la convicción de que convenía hacer una antología de los principales textos proféticos, pero agrupándolos por temas, para que el mensaje resultase más claro y la exposición más pedagógica. Este proyecto lo fui relegando, en parte por el deseo de escribir una obra seria y extensa sobre la justicia social en los profetas, que titulé *Con los pobres de la tierra*. Una vez publicada, y cuando ocupaciones de tipo burocrático me impiden dedicarme a estudios demasiado técnicos, creí llegado el momento de abordar este antiguo proyecto.

La selección de los textos se orienta en torno a los dos grandes polos del mensaje profético: la denuncia y el anuncio. Me baso para ello en el relato de la vocación de Jeremías, al que Dios llama ¡para arrancar y arrasar, edificar y plantar!. Estas imágenes, tomadas del mundo de la agricultura (arrancar, plantar) y de la construcción (arrasar, edificar), expresan muy bien el doble aspecto de la predicación profética y son de suma actualidad. A muchas personas sólo les atrae la primera táctica: se inclinan por la crítica dura, radical, cerrada casi a la esperanza. Otras, quizá con ingenuo optimismo, sólo piensan en una labor constructiva, ¡edificante!, como si la crítica fuese un elemento pernicioso para la Iglesia. La vocación de Jeremías nos indica que ambas actitudes son necesarias en los planes de Dios. Y el mensaje profético, tomado en su conjunto, sigue esta doble pauta.

La extensión de los comentarios es algo que me preocupaba. No debían ser muy amplios, porque lo importante es el contacto directo con el texto. Pero tampoco tan breves que dejaran al lector en la misma oscuridad del comienzo. La línea adoptada supone algo intermedio. Más que detenerme en el comentario, he procurado situar el texto dentro de la problemática correspondiente y de la época en que surge. Esto lo ilumina suficientemente, al menos como punto de partida. En los dos volúmenes sobre *Profetas*, que L. Alonso Schökel y yo publicamos hace pocos años en Ediciones Cristiandad, puede encontrar el lector un comentario más amplio a cada pasaje. Aquí he recogido algunos de esos materiales, pero casi todo es nuevo.

Al tratarse de un libro de divulgación he suprimido sistemáticamente todo tipo de notas filológicas y de discusiones técnicas. El especialista sabe que este procedimiento es peligroso; puede provocar en el lector la impresión de que las cosas son sencillas. Pero conviene correr este riesgo. Los textos proféticos, como cualquier producción artística, se pueden entender a distintos niveles. A veces he comparado este fenómeno con los niveles de comprensión de una sinfonía o de una película. ¡*Amadeus!*, de Milos Forman, ha sido un éxito reciente, que atrajo a gran cantidad de público. En principio, supongo que todos los espectadores la entendieron. Pero el conocedor de la música de Mozart, que identifica inmediatamente un pasaje de ¡*Don Giovanni!*, o advierte hacia el final el paso reiterado del ¡*Requiem!* a ¡*La flauta mágica!*, capta sugerencias y matices que pasan desapercibidos a la mayoría de los espectadores. Igual ocurre con los textos proféticos. El especialista notará que quedan muchas cosas sin comentar. Pero no escribo para ellos, sino para ese gran público que desea conocer algo la personalidad y el mensaje de los profetas. Si este libro les anima a un contacto más profundo con los textos y sus autores, habrá cumplido su misión.

Es normal que una antología literaria vaya precedida de un estudio sobre el autor o los autores recopilados. También en este caso me pareció necesario incluir una introducción sobre el fenómeno profético y los principales problemas que plantea al hombre de hoy. Quizá extrañe a alguno la relativa amplitud con que he tratado los géneros literarios, en comparación con el número de páginas dedicadas a otras cuestiones. el motivo es sencillo. Los otros puntos se encuentran fácilmente desarrollados en cualquier introducción a la Biblia. sin embargo, los valores literarios quedan con frecuencia en la penumbra. Y es una lástima, porque muchos de los profetas son auténticos genios de la literatura universal. Los datos que aportó no significan un estudio estilístico serio, pero espero que despierten en el lector una mayor sensibilidad hacia la forma externa del mensaje profético.

## PRIMERA PARTE

Los problemas planteados por los profetas y los libros proféticos a la ciencia bíblica han sido objeto de numerosos estudios, que reflejan el interés y la complejidad de dichas cuestiones. Muchas de ellas preocupan también al cristiano sin especial formación teológica. Otras lo desbordan, y tratarlas aquí sólo contribuiría a aumentar esa dosis de aburrimiento que, como escribía Kierkegaard, fue invadiendo el mundo desde el momento de la creación. Limitaré, pues, estas páginas introductorias a plantear y responder de forma muy sencillas las preguntas que con más frecuencia me han surgido al hablar de estos temas.

### 1. ¿Qué es un profeta?

Para la mayoría de la gente, el profeta es un hombre que ¡predice! el futuro, una especie de adivino. Esta concepción tan difundida tiene dos fundamentos: uno, erróneo, de tipo etimológico; otro, parcialmente justificado, de carácter histórico. Prescindo del primero para no cansar al lector con cuestiones filológicas. En cuanto al segundo, no cabe duda de que ciertos relatos bíblicos presentan al profeta como un hombre capacitado para conocer cosas ocultas y adivinar el futuro: Samuel puede encontrar las asnas que se le han perdido al padre de Saúl (1 Sam 9, 6-7.20); Ajías, ya ciego, sabe que la mujer que acude a visitarlo disfrazada es la esposa del rey Jeroboán, y predice el futuro de su hijo enfermo (1 Re 14, 1-16); Elías presiente la pronta muerte de Ocozías (2 Re 1, 16-17); Eliseo sabe que su criado, Guejazí, ha aceptado ocultamente dinero del ministro sirio Naamán (2 Re 5, 20-27), sabe dónde está el campamento arameo (2 Re 6, 8s), que el rey ha decidido matarlo (2 Re 6, 30s), etc. Incluso en tiempos del Nuevo Testamento seguía en vigor esta idea, como lo demuestra el diálogo entre Jesús y la samaritana; cuando él le dice que ha tenido cinco maridos, y que el actual no es el suyo, la mujer reacciona espontáneamente: ¡Señor, veo que eres un profeta!. Y en la novela de José y Asenet, escrita probablemente en el siglo I, se dice: ¡Leví advirtió el propósito de Simeón, pues era profeta y veía con anterioridad todo lo que iba a suceder! (23, 8); cf. Apócrifos del Antiguo Testamento III (Ed. Cristiandad, Madrid 1982) 189-238, cita en p. 231.

Esta mentalidad se encuentra también difundida en ambientes cultos. El autor del Eclesiástico escribe a propósito de Isaías: ¡Con espíritu poderoso previó el futuro y consoló a los afligidos de Sión; anunció el futuro hasta el final y los secretos antes de que sucediesen! (48, 24-25). Y el gran historiador judío del siglo I, Flavio Josefo, hablando de Juan Hircano dice que poseyó las tres cosas que hacen más felices: la realeza, el sacerdocio y la profecía. Este último don lo explica del modo siguiente: ¡Efectivamente, la divinidad tenía tanta familiaridad con él que no ignoraba ninguna de las cosas futuras; incluso previó y profetizó que sus dos hijos mayores permanecerían al frente del gobierno! (Guerra judía, 1, 2, 8).

Se trata, pues, de una concepción muy divulgada, con cierto fundamento, pero que debemos superar. Los ejemplos citados de Samuel, Ajías, Elías, Eliseo, nos sitúan en la primera época del profetismo israelí, anterior al siglo VIII a.C. Leyendo los libros de Amós, Isaías, Oseas, Jeremías, etc., advertimos que el profeta no es un adivino, sino un hombre llamado por Dios para transmitir su palabra, para orientar a sus contemporáneos e indicarles el camino recto. A finales del siglo VI a.C., Zacarías sintetizaba la predicación de sus predecesores con esta exigencia: ¡Convertíos de vuestra mala conducta y de vuestras malas acciones! (1,4). Esta exhortación a convertirse va acompañada con frecuencia de referencias al futuro, prediciendo el castigo o prometiendo la salvación. En determinados momentos, los profetas son conscientes de revelar cosas ocultas. Pero su misión principal es iluminar el presente, con todos sus problemas concretos: injusticias sociales, política interior y exterior, corrupción religiosa, desesperanza y escepticismo.

En el Antiguo Testamento aparecen como profetas personajes muy distintos. Esto ha sido objeto de diversos estudios sobre la ¡sociología del movimiento profético!. Pero, en líneas generales, los rasgos más llamativos de la personalidad profética me parecen los siguientes:

a) El profeta es un hombre inspirado, en el sentido más estricto de la palabra. Nadie en Israel tuvo una conciencia tan clara de que era Dios quien le hablaba y de ser portavoz del Señor como el profeta. Y esta inspiración le viene de un contacto personal con él, que comienza en el momento de la vocación. Por eso, cuando habla o escribe, el profeta no acude a archivos y documentos, como los historiadores;

tampoco se basa generalmente en la experiencia humana general, como los sabios de Israel. Su único punto de apoyo, su fuerza y su debilidad, es la palabra que el Señor le comunica personalmente, cuando quiere, sin que él pueda negarse a proclamarla. Palabra que a veces se asemeja al rugido del león, como indica Amós (1, 2), y en ocasiones es ¡gozo y alegría íntima! (Jer 15, 16). Palabra con frecuencia imprevista e inmediata, pero que en momentos cruciales se retrasa (Jer 42, 1-7). Palabra dura y exigente en muchos casos, pero que se convierte en ¡un fuego ardiente e incontenible encerrado en los huesos!, que es preciso seguir proclamando (Jer 20,9). Palabra de la que muchos desearían huir, como Jonás, pero que termina imponiéndose y triunfando. Este primer rasgo resulta desconcertante a muchas personas. Por eso volveré sobre él más tarde, cuando terminemos este breve esbozo del profeta.

b) El profeta es un hombre público. Su deber de transmitir la palabra de Dios lo pone en contacto con los demás. No puede retirarse a un lugar sosegado de estudio o reflexión, ni reducirse al limitado espacio del templo. Su lugar es la calle y la plaza pública, el sitio donde la gente se reúne, donde el mensaje es más necesario y la problemática más acuciante. El profeta se halla en contacto directo con el mundo que lo rodea: conoce las maquinaciones de los políticos, las intenciones del rey, el descontento de los campesinos pobres, el lujo de los poderosos, la despreocupación de muchos sacerdotes. Ningún sector le resulta indiferente, porque nada es indiferente para Dios.

c) El profeta es un hombre amenazado. En ocasiones sólo le ocurrirá lo que dice Dios a Ezequiel: ¡Acuden a ti en tropel y mi pueblo se sienta delante de ti; escuchan tus palabras, pero no las practican (...). Eres para ellos coplero de amoríos, de bonita voz y buen tañedor. Escuchan tus palabras, pero no las practican! (Ez 33,30-33). Es la amenaza del fracaso apostólico, de gastarse en una actitud que no encuentra respuesta en los oyentes. Pero esto es lo más suave que puede ocurrirle. A veces se enfrentan a situaciones más duras. A Oseas lo tachan de ¡loco! y ¡necio!; a Jeremías de traidor a la patria. Y se llega incluso a la persecución, la cárcel y la muerte. Elías debe huir del rey en muchas ocasiones; Miqueas ben Yimlá termina en la cárcel; Amós es expulsado del Reino Norte; Jeremías pasa en prisión varios meses de su vida; igual le ocurre a Jananí. Zacarías es apedreado en los atrios del templo (2 Cro 24, 17-22); Urías es acuchillado y tirado a la fosa común (Jer 26, 20-23). Esta persecución no es sólo de los reyes y de los poderosos; también intervienen en ella los sacerdotes y los falsos profetas. E incluso el pueblo se vuelve contra ellos, los crítica, desprecia y persigue. En el destino de los profetas queda prefigurado el de Jesús de Nazaret.

Silenciaríamos un detalle importante, si no dijésemos que la amenaza le viene también de Dios. Le cambia la orientación de su vida, lo arranca de su actividad normal, como le ocurre a Amós (7, 14s) o a Eliseo (1 Re 19, 19-21); le encomienda a veces un mensaje muy duro, casi inhumano, teniendo en cuenta la edad o las circunstancias en que se encuentra.

Aclararé este punto con dos ejemplos muy distintos. El primero, tomado de las tradiciones sobre Samuel, quizá tenga un fondo más legendario que histórico, pero ayuda a hacerse una idea de las tremendas exigencias de Dios:

"El niño Samuel oficiaba ante el Señor con Elí. La palabra del Señor era rara en aquel tiempo y no abundaban las visiones. Un día Elí estaba acostado en su habitación. Sus ojos empezaban a apagarse y no podía ver. Aún no se había apagado la lámpara de Dios, y Samuel estaba acostado en el santuario del Señor, donde estaba el arca de Dios. El Señor llamó:

-Samuel, Samuel!

Y éste respondió:

-¡Aquí estoy!

Fue corriendo a donde estaba Elí y le dijo:

-Aquí estoy, vengo porque me has llamado.

Elí respondió:

-No te he llamado, vuelve a acostarte

Samuel fue a acostarse, y el Señor lo llamó otra vez. Samuel se levantó, fue a donde estaba Elí, y le dijo:

-Aquí estoy, vengo porque me has llamado.

Elí respondió:

-No te he llamado, hijo; vuelve a acostarte.

(Samuel no conocía todavía al Señor; aún no se le había revelado la palabra del Señor).

El Señor volvió a llamar por tercera vez. Samuel fue a donde estaba Elí, y le dijo:

-Aquí estoy, vengo porque me has llamado.

Elí comprendió entonces que era el Señor quien llamaba al niño, y le dijo:

-Anda, acuéstate. Y si te llama alguien, dices: ¡Habla, Señor, que tu siervo escucha!.

Samuel fue y se acostó en su sitio. El Señor se presentó y lo llamó como antes:

-¡Samuel, Samuel!

Samuel respondió:

-Habla, Señor que tu siervo escucha" (1 Sam 3,1-10).

Este es el relato de la vocación de Samuel, conocido quizá por la mayoría de los lectores. Pero se olvida con frecuencia lo que sigue:

El Señor le dijo:

-Mira, voy a hacer una cosa en Israel, que a los que la oigan les retumbarán los oídos. Aquel día ejecutaré contra Elí y su familia todo lo que he anunciado sin que falte nada. Comunícale que condeno a su familia definitivamente, porque él sabía que sus hijos maldecían a Dios y no les reprendió. Por eso juro a la familia de Elí que jamás se expiará su pecado, ni con sacrificios ni con ofrendas" (1 Sam 3, 11-14).

Muchos autores ponen en duda la historicidad del relato y de la comunicación de Dios a Samuel niño. Pero este detalle es secundario para nosotros. Nos interesa el concepto que refleja este texto sobre la misión del profeta. Samuel es un niño, educado desde pequeño con el sacerdote Elí, que lo trata como un padre. Sin embargo, recibe de Dios el encargo más duro: transmitirle su propia condena y la de sus hijos. Con razón añade el autor que, a la mañana siguiente, Samuel ¡no se atrevía a contarle a Elí la visión! (v. 16), y si lo hace es forzado por el mismo Elí.

El segundo ejemplo está tomado de Ezequiel. Dios le anuncia un acontecimiento sumamente doloroso: la muerte de su esposa. Pero, incluso entonces, no podrá dejarse dominar por la pena ni cumplir los ritos fúnebres habituales. La existencia del profeta está en todo momento al servicio de Dios, y también este hecho será punto de partida para transmitir su mensaje:

"Me vino esta palabra del Señor:

Hijo de Adán, voy a arrebatarte repentinamente

el encanto de tus ojos;

no llores ni hagas duelo ni derrames lágrimas;

laméntate en silencio como un muerto,

sin hacer duelo;

líate el turbante y cálzate las sandalias;

no te emboces la cara ni comas el pan del duelo.

Por la mañana yo hablaba a la gente,

por la tarde se murió mi mujer

y a la mañana siguiente hice lo que se me había mandado.

Entonces me dijo la gente:

¿Quieres explicarnos qué nos anuncia

lo que estás haciendo?

Les respondí: Me vino esta palabra del Señor:

Dile a la casa de Israel: Esto dice el Señor:

Mira, voy a profanar mi santuario,

vuestro soberbio baluarte,

el encanto de vuestros ojos, el tesoro de vuestras almas.

Los hijos e hijas que dejasteis caerán a espada.

Entonces haréis lo que yo he hecho:

no os embozaréis la cara ni comeréis el pan del duelo;

seguiréis con el turbante en la cabeza

y las sandalias en los pies,

no lloraréis ni haréis duelo;

os consumiréis por vuestra culpa

y os lamentaréis unos con otros.  
 Ezequiel os servirá de señal:  
 haréis lo mismo que él ha hecho" (Ez 24, 15-24).

Estos ejemplos, que podrían multiplicarse, bastan para demostrar que la existencia del profeta no sólo está amenazada por sus contemporáneos, sino también por el mismo Dios. No es extraño que alguno de ellos, como Jeremías, llegará a rebelarse en ciertos momentos contra esta coacción (Jer 20, 7-9.14-20), si bien se trató de crisis pasajeras.

d) Por último, conviene recordar que la profecía es un carisma. Como tal, rompe todas las barreras. La barrera del sexo, porque en Israel existen profetisas, como Débora (Jue 4) o Hulda (2 Re 22). La barrera de la cultura, porque no hacen falta estudios especiales para transmitir la palabra del Señor. La barrera de las clases, porque personas vinculadas a la corte, como Isaías, pequeños propietarios, como Amós, o simples campesinos, como Miqueas, pueden ser llamados por Dios. Las barreras religiosas, porque no es preciso ser sacerdote para ser profeta; más aún, podemos afirmar que gran número de profetas eran seculares. La barrera de la edad, porque Dios encomienda su palabra lo mismo a adultos que a jóvenes.

## 2. Breve nota sobre la inspiración profética

En el esbozo anterior hemos puesto como primer rasgo el hecho de la inspiración. Es algo que judíos y cristianos aplicamos a todos los autores bíblicos, pero que en los profetas adquiere especial relieve. ¡Así dice el Señor!, ¡esto me comunicó el Señor!, ¡esto me hizo ver el Señor!, ¡oráculo del Señor!, son fórmulas que se repiten hasta la saciedad en este bloque de libros. Mucha gente se pregunta cómo debemos entender estas afirmaciones. No pretendo resolver en pocas líneas un problema tan complejo. Quien desee profundizar en el tema puede leer la densa obra de L. Alonso Schökel, *La Palabra Inspirada* (publicada recientemente en 3ª ed. por Ediciones Cristiandad), o el excelente artículo de Karl Rahner, *Inspiración*, en *Conceptos fundamentales de la Teología II* (Ed. Cristiandad 1979) 781-790. Por mi parte, me limito a sugerencias muy sencillas que puedan esclarecer la cuestión.

Como punto de partida es útil referirse a un campo más conocido para nosotros y al que aplicamos frecuentemente el concepto de ¡inspiración!: La creación artística. En ella, la inspiración aparece como un hecho real, constatable e indiscutible, pero difícil de definir y precisar. Una poesía, una obra de teatro, una sinfonía o una escultura están ¡inspiradas!. Pero, ¿en qué consiste esa ¡inspiración! de su autor? En líneas generales podríamos decir que en la fusión perfecta de la técnica propia de un artista con el espíritu que lo alienta. De estos dos elementos, el más importante es el segundo, el espíritu. La técnica, fundamental en el arte, no lo es todo; incluso puede provocar una obra tan fría que, a pesar de ser perfecta, nos deje la sensación de ¡no estar inspirada!. La obra de arte se produce cuando el artista tiene algo que decir! y ¡sabe decirlo!.

El ejemplo del arte nos lleva a dos conclusiones: 1) el concepto de inspiración es casi imposible de definir; 2) una obra puede estar ¡inspirada! aunque los recursos técnicos del artista sean deficientes o elementales. El villancico ¡Noche de Dios! es de las composiciones más inspiradas, aunque sus recursos armónicos son extremadamente simples.

Aplicando estos criterios al terreno bíblico, lo primero que debemos tener presente es que la inspiración de un texto no depende de su mayor o menor técnica literaria, sino de que el autor esté alentado por un ¡espíritu! y tenga algo que decir. En el enfoque tradicional de la inspiración bíblica, este problema está resuelto de antemano, porque el ¡espíritu! que alienta al autor es el Espíritu de Dios y lo que debe transmitir es ¡palabra de Dios!.

Sin embargo, esta interpretación, con todo lo que tiene de exacta, corre el peligro de resultar simplista, concediendo a todos los autores el mismo nivel de inspiración y dando el mismo valor a afirmaciones de contenido muy distinto. De esta forma, terminamos siendo injustos con la palabra de Dios, incluso la ridiculizamos. El proverbio: ¡Más vale vivir en el rincón de la azotea que dentro de la casa con mujer pendenciera! está perfectamente formulado, pero no es preciso recurrir a una especial revelación divina para su autor. De igual modo, no podemos equiparar la inspiración del autor del libro de Job, o del Deuteronomio, con la del autor que redacta el segundo libro de los Macabeos, limitándose a resumir los cinco libros de Jasón de Cirene.

La teoría oficial sobre la inspiración olvida que muchos autores bíblicos nunca reivindican este don. Este hecho es palpable en los ¡historiadores! y en los ¡sabios!. El epílogo del Eclesiastés, escrito por un discípulo, presenta la obra de su maestro de manera muy sencilla, sin recurrir a especial comunicación de Dios: ¡El Predicador, además de ser un sabio, enseñó al pueblo lo que él sabía. Estudió, inventó y formuló muchos proverbios; el Predicador procuró un estilo atractivo y escribió la verdad con acierto! (Ecl 12, 9-10). Y el traductor griego del libro del Eclesiástico se expresa de forma parecida: ¡Mi abuelo Jesús, después de dedicarse intensamente a leer la ley y los profetas y los restantes libros paternos, y de adquirir un buen dominio de ellos, se dedicó a componer por su cuenta algo en la línea de la sabiduría e instrucción, para que los deseosos de aprender, familiarizándose también con ello, pudieran adelantar en una vida según la ley! (Prólogo, letra c).

Con más modestia aún se expresa el autor del segundo libro de los Macabeos: ¡Jasón de Cirene dejó escrita en cinco libros la historia de Judas Macabeo y sus hermanos (...). Nosotros vamos a intentar resumirlo en un solo volumen... procurando ofrecer entretenimiento a los que se contentan con una simple lectura, facilitar a los estudiosos el trabajo de retener datos de memoria y ser útiles a los lectores en general. Para quienes hemos emprendido la penosa tarea de hacer este resumen no ha sido un trabajo fácil, sino de sudores y vigilias, como no es fácil el trabajo del que organiza un banquete, que tiene que atender al gusto de los demás! (2, 23-27).

¿Es justo que más tarde se reivindicase para estos autores una especial inspiración de Dios? La Iglesia así lo ha decidido, pero los teólogos están obligados a repensar estos datos y formular nuestra fe tomándose en serio no sólo al hombre de hoy, sino también, y sobre todo, al mismo Dios.

Con los profetas no ocurre lo mismo que con historiadores y sabios. Ya hemos indicado la certeza e insistencia con que afirman transmitir la palabra de Dios. Sugieren una comunicación directa, casi física, entre ellos y el Señor. Esto desconcierta al hombre moderno. Pero, si evitamos el literalismo, sus fórmulas expresan una verdad profunda, bastante comprensible. Pensemos en las personas que podemos considerar profetas de nuestro tiempo: Martín Luther King, Oscar Romero, etc. Estos hombres estaban convencidos de que comunicaban la voluntad de Dios, de que decían lo que Dios quería en ese momento histórico. Por eso no podían echarse atrás, aunque les costase la vida. Si hubiésemos podido preguntarles: ¿Es que Dios le ha hablado esta noche? ¿Se le ha revelado en visión?, tendrían que responder: Efectivamente, Dios me ha hablado; no en sueños ni visiones, pero sí de forma indiscutible, a través de los acontecimientos, de las personas que me rodean, del sufrimiento y la angustia de los hombres. Y esta palabra externa se convierte luego en palabra interior, ¡encerrada en los huesos!, como diría Jeremías, que no se puede contener.

El hombre corriente puede poner en duda la validez de este convencimiento del profeta. Lo atribuirá a sus propios deseos y fantasías; el profeta sabe que no es así. Y actúa de acuerdo con esa certeza.

Naturalmente, cabe una pregunta posterior: ¿No puede equivocarse el profeta? ¿No puede, a pesar de su buena voluntad, transmitir como palabra de Dios lo que sólo es palabra suya? Evidentemente, sí. De esta forma surge el problema de los falsos profetas, a los que dedicaremos el siguiente apartado.

### 3. Los falsos profetas

Dentro del Antiguo Testamento se distinguen dos grupos: el de los profetas de divinidades extranjeras (como Baal) y el de los que pretenden hablar en nombre de Yavé. Al primero lo encontramos especialmente en tiempos de Elías (1 Re 18). Para la historia del profetismo carecen de importancia, a no ser por el influjo pernicioso que pudieron ejercer sobre el pueblo. Más grave es el caso del segundo grupo, porque fundamentan sus falsas promesas en una pretendida revelación del Dios verdadero.

Según Bright, los falsos profetas surgen con motivo de la persecución de la reina Jezabel, durante el siglo IX a. C. En estos momentos difíciles, no todos consiguieron resistir a la prueba y se pasaron al bando del rey. Los encontramos en 1 Re 22 enfrentados a Miqueas ben Yimlá. Y de ellos nos hablan Oseas (6, 5), Isaías (28,7), Miqueas (3,5.11), Jeremías (23, 9-40; 27-29), Ezequiel (13, 2s; 14, 9).

Edmon Jacob indica cuatro causas de la proliferación de los falsos profetas:

- el peso sociológico de la monarquía, que atrae en torno a ella personas dispuestas a defender sus intereses;

- la importancia concedida a la tradición, que los convierte en papagayos, repetidores de ideas antiguas, sin prestar atención a Dios ni a los acontecimientos;
- el deseo de agradar al pueblo y de no enfrentarse a él;
- el deseo de triunfar y asegurarse una forma de vida.

En el Deuteronomio, la pena asignada a los falsos profetas es la muerte (13,1-6). Sin embargo, si prescindimos de la matanza ordenada por Elías en el monte Carmelo contra los profetas de Baal (1 Re 18,19s), y de la realizada por Jehú, con carácter más político que religioso (2 Re 9-10), el Antiguo Testamento no conoce más casos de aplicación de esta ley. Son precisamente los profetas verdaderos los que mueren (Zacarías, Miqueas, Juan Bautista, Jesús).

El problema más grave que plantean los falsos profetas no es el de su origen o el de la evolución del movimiento, sino el de los criterios que ayudan a distinguirlos de los verdaderos.

Es un tema de interés histórico y teológico que preocupó a muchos autores, especialmente a Jeremías. Pero es también de gran actualidad, ya que en la Iglesia conviven opiniones muy diversas y muchos cristianos no saben a qué atenerse.

### **a) Criterios internos**

R. Chave indica nueve: inmoralidad (adulterio, borracheras, venalidad, mentira), impiedad, magia, sueños engañosos, optimismo, profesionalismo, éxtasis, deseos de querer profetizar, no cumplimiento de sus profecías. Resultan demasiados criterios, y tomados uno a uno no prueban suficientemente. Por ejemplo, ¿en qué consiste el optimismo? ¿Se puede decir que los profetas verdaderos sean pesimistas? ¿Qué es moral e inmoral? Por otra parte, resulta difícil encontrar todos estos defectos en una misma persona. Por eso, otros autores se han fijado en criterios distintos:

El modo de revelación: el verdadero profeta excluye los métodos adivinatorios, incluyendo los sueños, las suertes, etc. Pero no resulta claro, porque los verdaderos profetas pueden tener sueños y los sacerdotes echan las suertes. Además, hay falsos profetas que no usan procedimientos adivinatorios, como Ananías (ver Jer 28).

La conciencia de haber sido enviado, de estar investido de una autoridad divina. Es muy subjetivo. También los falsos profetas pueden tenerla.

El criterio moral. Es muy relativo. Oseas se casa con una prostituta; Jeremías miente a los ministros del rey (38, 24-27). Pero debemos reconocer que los verdaderos profetas tienen una conducta moral y una predicación que falta en los otros.

El espíritu. Según Mowinckel, los profetas de Judá anteriores al destierro se muestran reticentes con respecto al espíritu; lo importante para ellos es el poder, la fuerza, el juicio. Este criterio es falso. También en Judá se habla de la importancia del espíritu antes del destierro (Miq 3, 8) y Ezequiel lo reivindica con frecuencia (3,12-14; 8,3; 43,5). Por otra parte, este criterio no sirve para el Reino Norte, donde se estima grandemente el espíritu como don de Dios.

Oráculo de condenación-oráculo de salvación. Los primeros serían típicos de los verdaderos profetas, los segundos de los falsos. Tampoco es cierto. Los verdaderos profetas hablan de la salvación. Sus discípulos así lo entendieron y acentuaron al redactar los libros.

Cumplimiento-incumplimiento de las profecías. Dt 18,22 lo pone como criterio fundamental. Pero este criterio no se siguió estrictamente en Israel, porque es muy difícil. ¿Cómo se cumplieron las promesas del Deuteronomio sobre la vuelta del destierro? ¿O las de Jeremías sobre la destrucción total? ¿O las de Habacuc, pocos años antes de la destrucción de Jerusalén? No parece conveniente utilizar este criterio como el fundamental; entre otras cosas, porque sólo sirve a posteriori, no en el momento de la discusión. Por consiguiente, los criterios internos no aportan una claridad total al problema.

### **b) Criterios externos**

Ramlot aduce los siguientes:

-Criterio comunitario. El pueblo de Dios (en este caso Israel, y luego la Iglesia) ha canonizado a unos y rechazado a otros.

-Criterio de las contrariedades, el sufrimiento y la muerte. Para Jeremías, por ejemplo, la única profecía auténtica es la que constituye una carga impuesta desde fuera, algo que no se busca, sino que Dios impone. Esto lleva a encontrar oposición por todas partes, persecución, cárcel, insultos, muerte.



-Criterio de intercesión. Según Jer 27, 18 y Ez 13, 5, es un criterio distintivo. El verdadero profeta intercede por el pueblo ante Dios, pidiendo su perdón, mientras el falso profeta se despreocupa de ello, quizá porque no tiene conciencia del pecado del pueblo.

De estos tres criterios aducidos por Ramlot, los dos primeros son a posteriori. Sólo el tercero, la intercesión, se puede valorar en el momento histórico. Pero la intercesión se da muchas veces a solas entre el profeta y Dios, con lo cual deja de servir de criterio perceptible por la gente. Además, la intercesión falta en muchos profetas.

Con respecto al Antiguo Testamento, no existe problemas para nosotros, porque la Iglesia nos indica qué profetas son los verdaderos. Las dudas surgen cuando pensamos en figuras contemporáneas. El Sermón de la Montaña nos ofrece un criterio mucho más clarificador de lo que puede parecer a primera vista: ¡Cuidado con los falsos profetas, éstos que se os acercan con piel de oveja, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. A ver, ¿se cosechan uvas de las zarzas o higos de los cardos, Así, los árboles sanos dan frutos buenos; los árboles dañados dan frutos malos. Un árbol sano no puede dar frutos malos, ni un árbol dañado dar frutos buenos, y todo árbol que no da fruto bueno se corta y se echa al fuego. Total, que por sus frutos los conoceréis! (Mt 7,15-20)

Lo más interesante de este texto es que recomienda una actitud de vigilancia y de espera. Y ninguna de estas cosas resulta agradable. Preferimos emitir un juicio rápido, apasionado a veces, en favor o en contra del personaje. Es el camino más seguro para equivocarse. Dar tiempo al tiempo y analizar los frutos producidos por ese mensaje es la única actitud segura. Por otra parte, esos frutos se deben considerar a la luz del evangelio. Por muy desagradable que nos resulte una persona o el contenido de sus palabras, si nos animan a mantenernos fieles al espíritu de Jesús, y esa enseñanza la corrobora con su vida, estamos obligados a considerarlo un verdadero profeta. Al contrario, por agradable que nos resulte una persona, por mucho que sintonicemos con ella, si nos aleja del camino del evangelio, será un ¡lobo rapaz!, disfrazado ¡con piel de oveja!.

Con esto llegamos a un tema que sólo puedo insinuar aquí. El desconcierto de muchos cristianos ante la diversidad de opiniones que escuchan sólo se explica a causa de su pereza intelectual, que les impide buscar la luz en el evangelio. Quieren recetas rápidas, decisiones terminantes, sin esforzarse por tener criterios propios fundamentados en la persona y el mensaje del único que es ¡el camino, la verdad y la vida!.

## 4. Los medios de comunicación de los profetas

### 1) La palabra

El medio más habitual entre los profetas para transmitir el mensaje de Dios es, naturalmente, la palabra. Muchos podrían pensar que ese mensaje lo comunican mediante un discurso o un sermón, que son los géneros más habituales entre los oradores de nuestro tiempo. A veces lo hacen, pero generalmente emplean una gran variedad de géneros literarios, tomados de los ámbitos más distintos. A continuación indicaré diferentes ejemplos, para que el lector se haga una idea de la riqueza y vitalidad de la predicación profética.

#### a) Géneros tomados de la sabiduría tribal y familiar.

Desde antiguo, la familia, el clan, la tribu, han empleado los recursos más diversos para inculcar un recto comportamiento, hacer reflexionar sobre la realidad que rodea a niños y adultos: exhortación, interrogación, parábola, alegoría, enigmas, bendiciones y maldiciones, comparaciones. De todos ellos encontramos ejemplos en los profetas. Comenzaremos con una de las parábolas más famosas, la dirigida por Natán a David tras el adulterio con Bersabé y el asesinato de su esposo, Urías. Natán no aborda el caso directamente, le tiende al rey una trampa:

"Entró Natán ante el rey y le dijo:

Había dos hombres en un pueblo: uno rico y otro pobre. El rico tenía muchos rebaños de ovejas y bueyes; el pobre sólo tenía una corderilla que había comprado; la iba criando, y ella crecía con él y con sus hijos, comiendo de su pan, bebiendo de su vaso, durmiendo en su regazo: era como una hija. Llegó

una visita a casa del rico, y no queriendo perder una oveja o un buey, para invitar a su huésped, cogió la cordera del pobre y convidó a su huésped.

David se puso furioso contra aquel hombre, y dijo a Natán:

¡Vive Dios, que el que ha hecho eso es reo de muerte! No quiso respetar lo del otro, pues pagará cuatro veces el valor de la cordera.

Entonces Natán dijo a David:

¡Ese hombre eres tú!" (2 Sam 12, 1-7).

En otro caso, el profeta Ezequiel quiere denunciar al rey de Judá porque, después de prometer fidelidad al rey de Babilonia, viola el juramento y busca la ayuda de Egipto. Para llevar a cabo su denuncia recurre a una alegoría:

"El águila gigante, de gigantescas alas,  
de gran envergadura, el plumaje tupido,  
de color abigarrado, voló al Líbano;  
cogió el cogollo del cedro,  
arrancó su pimpollo cimero  
y se lo llevó a un país de mercaderes,  
plantándolo en una ciudad de traficantes.

Después cogió simiente de la tierra  
y la echó en terreno sembradío.  
La sembró ribereña, junto a aguas abundantes,  
para que germinara y se hiciera  
vid aparrada, achaparrada,  
para que orientara hacia ella sus sarmientos,  
y le sometiera las raíces.  
Y se hizo vid,  
y echó pámpanos y se puso frondosa.  
Vino después otra águila gigante,  
de gigantescas alas y de espeso plumaje,  
y entonces nuestra vid,  
aunque estaba plantada en buen terreno,  
junto a aguas abundantes,  
sesgó sus raíces hacia ella  
y orientó hacia ella sus sarmientos, para recibir más riego  
que en el bancal donde estaba plantada,  
y así echar ramas y dar fruto  
y hacerse vid espléndida.  
Esto dice el Señor: ¿Se logrará?, ¿o la desceparán  
y se malogrará su fruto  
y se marchitarán sus renuevos?"  
(Ez 17, 1-9); el texto continúa explicando la alegoría).

Al ámbito sapiencial corresponde también la bendición y maldición, como éstas que encontramos en Jer 17, 5-8:

Así dice el Señor:

"¡Maldito quien confía en un hombre y busca apoyo en la carne,  
apartando su corazón del Señor!  
Será cardo estepario que no llegará a ver la lluvia,  
habitará un desierto abrasado, tierra salobre e inhóspita.  
¡Bendito quien confía en el Señor y busca en él su apoyo!  
Será un árbol plantado junto al agua,  
arraigado junto a la corriente; cuando llegue el bochorno,  
no temerá, su follaje seguirá verde,  
en año de sequía no se asusta, no deja de dar fruto."

El pasaje anterior une la bendición-maldición con las comparaciones, otro género frecuentemente entre los sabios. Jer 17, 11 constituye un ejemplo más:

"Perdiz que empolla huevos que no puso  
es quien amasa riquezas injustas:  
a la mitad de la vida lo abandonan,  
y él termina hecho un necio."

La pregunta es una forma de hacer reflexionar y de inculcar una conclusión inevitable. Es lo que ocurre en Am 3,3-6, donde el profeta prepara paso a paso la cuestión final:

"¿Caminan juntos dos que no se han citado?  
¿Ruge el león en la espesura sin tener presa?  
¿Grita el cachorro en la guarida sin haber cazado?  
¿Cae el pájaro al suelo si no hay una trampa?  
¿Salta la trampa del suelo sin haber atrapado?  
¿Suena la trompeta en la ciudad  
sin que el vecindario se alarme?  
¿Sucede una desgracia en la ciudad  
que no la mande el Señor?"

#### **b) Géneros tomados del culto**

Podemos clasificar en este apartado himnos, oraciones, instrucciones y, quizá, los oráculos de salvación.

En Amós tropezamos con un caso curioso; a lo largo del libro encontramos en diversos momentos lo que parecen fragmentos de un himno al poder de Dios:

"El formó las montañas, creó el viento,  
descubre al hombre sus pensamientos,  
hizo la aurora y el crepúsculo  
y camina sobre el dorso de la tierra:  
se llama Señor, Dios de los ejércitos (4,13).  
Creó las Pléyades y Orión,  
convierte las sombras en aurora,  
el día en noche oscura;  
lanza la destrucción contra la fortaleza,  
y la destrucción alcanza a la plaza fuerte (5, 8-9).  
El Señor de los ejércitos,  
que al tocar la tierra la zarandea,  
en un flujo y reflujo como el del Nilo,  
y hacen duelo sus habitantes;  
que construye en el cielo su escalinata  
y cimenta su bóveda sobre la tierra;  
que convoca las aguas del mar  
y las derrama sobre la superficie de la tierra;  
se llama el Señor" (9, 5-6).

Es posible que este himno (que plantea numerosos problemas de traducción e interpretación, de los que prescindiré) no fuese compuesto por Amós, sino tomado por él y distribuido a lo largo del libro, en momentos claves, para subrayar la omnipotencia divina. En Isaías sí encontramos un himno de primera mano, compuesto por el profeta o por el redactor del libro:

"Te doy gracias, Señor,  
porque estabas airado contra mí,  
pero ha cesado tu ira y me has consolado.  
El es mi Dios y salvador: confiaré y no temeré,  
porque mi fuerza y mi poder es el Señor,  
él fue mi salvación.  
Y sacaréis agua con gozo

de las fuentes de la salvación.  
 Aquel día diréis:  
 Dad gracias al Señor, invocad su nombre,  
 contad a los pueblos sus hazañas,  
 proclamad que su nombre es excelso.  
 Tañed para el Señor, que hizo proezas,  
 anunciadlas a toda la tierra;  
 gritad jubilosos, habitantes de Sión:  
 ¡Qué grande es en medio de ti  
 el Santo de Israel!" (Is 12).

La instrucción (torá) es un género típico del culto. Lo emplea el sacerdote cuando responde a alguno de los problemas concretos que le plantean. Los profetas también usan el género, aunque puede ocurrir, como en el caso de Amós, que sea con intenciones distintas, en plan irónico:

"Marchad a Betel a pecar, en Guilgal pecad de firme:  
 ofreced por la mañana vuestros sacrificios  
 y a tercer día vuestros diezmos;  
 ofreced ázimos, pronunciad la acción de gracias,  
 anunciad dones voluntarios,  
 que eso es lo que os gusta, israelitas  
 -oráculo del Señor-" (Am 4, 4-5).

De un sacerdote del antiguo Israel cabe esperar una exaltación del culto, la invitación a frecuentar los grandes santuarios, cumpliendo todos los ritos prescritos o aconsejados. Amós indica que todo eso responde sólo al capricho de los hombres ( ¡eso es lo que os gusta, israelitas!), no a la voluntad de Dios. La lleva a cabo, y después de firmar el contrato ora al Señor, pidiéndole al final la explicación de este misterio:

"¡Ay, mi Señor! Tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder, con brazo extendido, nada es imposible para ti. Tú eres leal por mil generaciones, pero castigas el pecado de los padres en los hijos que les suceden. Dios grande y esforzado, cuyo nombre es Señor de los ejércitos. Grande en ideas, poderoso en acciones, cuyos ojos están abiertos sobre los pasos de los hombres, para pagar a cada uno su conducta, lo que merecen sus acciones. Tú hiciste signos y prodigios en Egipto un día como hoy, en Israel y entre todos los hombres, y te has ganado fama que dura hasta hoy. Sacaste de Egipto a tu pueblo, Israel, con prodigios y portentos, con mano fuerte y brazo extendido, y con gran terror. Les diste esta tierra, que habías jurado a sus padres darles, tierra que mana leche y miel, y entraron a poseerla. Pero ellos no te obedecieron, no procedieron según tu ley, no hicieron lo que les habías mandado hacer; por eso les enviaste todas estas desgracias. Mira, los taludes llegan hasta la ciudad para conquistarla, la ciudad está entregada en manos de los caldeos, que la atacan con la espada, el hambre y la peste. Sucede lo que anunciaste, y lo estás viendo. Y tú, Señor, me dices: 'Cómprate el campo con dinero, ante testigos', mientras la ciudad cae en manos de los caldeos" (Jer 32,16-25).

La respuesta a esta oración viene poco después, cuando Dios comunica al profeta que la compra del campo contiene un mensaje de esperanza: a pesar de las circunstancias actuales, ¡se comprarán campos en esta tierra, de la que decía: 'Está desolada, sin hombres ni ganados, y cae en manos de los caldeos!' (32, 43).

Más discutible es que el oráculo de salvación pertenezca al ámbito del culto. Quizá su contexto primitivo fuese el de la guerra, cuando un sacerdote o profeta anunciaba la victoria en nombre de Dios y animaba no tener miedo. Este género es muy utilizado por Deuterisaías, del que entresaco un ejemplo:

"Tú, Israel, siervo mío; Jacob, mi elegido;  
 estirpe de Abrahán, mi amigo.  
 Tú, a quien cogí de los confines del orbe,  
 a quien llamé de sus extremos,  
 a quien dije: ¡Tú eres mi siervo,  
 te he elegido y no te he rechazado!.  
 No temas, que yo estoy contigo;  
 no te angusties, que yo soy tu Dios:

te fortalezcó, te auxilio,  
 te sostengo con mi diestra victoriosa.  
 Mira, se avergonzarán derrotados  
 los que se enardecen contra ti;  
 serán aniquilados y perecerán  
 los que pleitean contra ti;  
 los buscarás sin encontrarlos  
 a los que pelean contra ti;  
 serán aniquilados, dejarán de existir  
 los que guerrearán contra ti.  
 Por que yo, el Señor, tu Dios,  
 te agarro de la diestra,  
 y te digo: ¡No temas, yo mismo te auxilio!  
 No temas, gusanito de Jacob, oruga de Israel,  
 yo mismo te auxilio -oráculo del Señor-,  
 tu redentor es el Santo de Israel.  
 Mira, te convierto en trillo aguzado, nuevo, dentado:  
 trillarás los montes y los triturarás,  
 harás paja de las colinas;  
 los aventarás, y el viento los arrebatará,  
 el vendaval los dispersará;  
 y tú te alegrarás con el Señor,  
 te gloriarás del Santo de Israel" (Is 41, 8-16).

### c) Géneros tomados del ámbito judicial

A veces se emplea el discurso acusatorio, la requisitoria, la formulación casuística, o algunos elementos de estos géneros para insertarlos en un contexto más amplio. Por ejemplo, el discurso de Ez 22,1-16:

"Y tú, hijo de Adán, juzga,  
 juzga a la ciudad sanguinaria,  
 denunciándole todas sus abominaciones,  
 diciendo: Esto dice el Señor:  
 Ciudad que derrama sangre dentro de sí,  
 acelerando su término,  
 y que se ha contaminado fabricándose ídolos (...).  
 Mira, príncipes de Israel hay en ti  
 que actúan a su arbitrio hasta derramar sangre.  
 Al padre y a la madre desprecian en ti,  
 al forastero lo oprimen en ti,  
 al huérfano y a la viuda los explotan en ti (...).  
 Hay en ti gente que calumnia hasta derramar sangre (...).  
 En ti se practica el soborno hasta derramar sangre."  
 Son las acusaciones típicas de un fiscal en un proceso.

En este contexto se sitúa también lo que llama Schulz ¡declaración jurídico-sacral!, esencial en Ezequiel: la enumeración de una serie de comportamientos justos termina con la declaración de que esa persona merece vivir (en contra del discurso acusatorio, que implica, al menos en ciertos casos, la condena a muerte):

"El hombre que es justo,  
 que observa el derecho y la justicia,  
 que no come en los montes  
 y no levanta sus ojos a los ídolos  
 de la casa de Israel;  
 que no profana a la mujer de su prójimo

ni se llega a la mujer en su regla;  
 que no explota a nadie,  
 devuelve la prenda empeñada,  
 no roba,  
 da su pan al hambriento y viste al desnudo;  
 que no presta con usura ni acumula intereses;  
 que aparta su mano de la iniquidad  
 y juzga imparcialmente los delitos,  
 que camina según mis preceptos  
 y guarda mis mandamientos, cumpliéndolos fielmente,  
 ese hombre es justo. Vivirá -oráculo del Señor-" (Ez 18, 5-9).

Este mismo espíritu jurídico, tan acentuado en algunos textos de Ezequiel, es el que le lleva a una serie de formulaciones casuísticas. El texto que acabamos de citar continúa:

"Si éste engendra un hijo criminal y homicida,  
 que quebranta algunas de estas prohibiciones  
 o no cumple todos estos mandatos (...)  
 morirá ciertamente  
 y será responsable de sus crímenes.  
 Y si éste engendra un hijo,  
 que a pesar de haber visto  
 los pecados de su padre no los imita (É)  
 ese hombre no morirá por la culpa de su padre."

Entre los géneros tomados del ámbito judicial uno de los que más ha interesado a los comentaristas es el de la requisitoria profética. En páginas posteriores incluiremos Miq 6, 1-8, ejemplo típico de este género.

#### **d) Géneros tomados de la vida diaria**

Incluyo en este apartado una serie de cantos que surgen en las más diversas situaciones de la vida: el amor, el trabajo, la muerte, etc. La famosa canción de la viña! de Isaías es presentada por el profeta como una canción de amor:

"Voy a cantar en nombre de mi amigo  
 un canto de amor a su viña:  
 Mi amigo tenía una viña en fértil collado.  
 La entrecavó, la descantó y plantó buenas cepas;  
 construyó en medio una atalaya y cavó un lagar.  
 Y esperó que diese uvas, pero dio agrazones.  
 Pues ahora, habitantes de Jerusalén,  
 hombres de Judá,  
 por favor, sed jueces entre mí y mi viña.  
 ¿Qué más cabía hacer por mi viña  
 que yo no lo haya hecho?  
 ¿Por qué, esperando que diera uvas, dio agrazones?  
 Pues ahora os diré a vosotros  
 lo que voy a hacer con mi viña:  
 quitar su valla para que sirva de pasto,  
 derruir su cerca para que la pisoteen.  
 La dejaré arrasada:  
 no la podarán ni la escardarán,  
 crecerán zarzas y cardos;  
 prohibiré a las nubes que lluevan sobre ella.  
 La viña del Señor de los ejércitos  
 es la casa de Israel,  
 son los hombres de Judá su plantel preferido.  
 Esperó de ellos derecho,

y ahí tenéis: asesinatos;  
esperó justicia, y ahí tenéis: lamentos" (Is 5, 1-7).  
Ezequiel nos ofrece un ejemplo de ¡canción de trabajo! doméstico, realizado por un ama de casa,  
que le servirá para aplicarla al futuro de Jerusalén:

Pon la olla, ponla, echa en ella agua;  
echa en ella tajadas,  
las mejores tajadas, pernil y espaldilla;  
llénala de huesos escogidos.  
Coge lo mejor del rebaño;  
luego apila debajo la leña,  
cuece las tajadas en la olla  
y hierve los huesos (É)  
¡ Ay, ciudad sanguinaria!  
Yo mismo agrando la pira,  
arrimo más leña, enciendo la hoguera,  
consumo la carne, saco el caldo  
y los huesos se queman" (Ez 24,3-5.9-10).

En otra ocasión encontramos un ¡canto a la espada!:

"¡Espada, espada afilada y además bruñida!  
Afilada para degollar, bruñida para fulgurar.  
La llevaron a bruñir antes de empuñarla;  
ya está afilada la espada, ya está bruñida  
para ponerla en manos del sicario.(É)  
Que se duplique la espada, que se triplique;  
la espada de los acribillados,  
la espada grande acribilla,  
que los tiene acorralados (É)  
Da estocadas a diestra y tajos a siniestra;  
donde tu hoja sea requerida" (Ez 21,13-21).

Entre estos cantos que surgen en distintos momentos de la vida, el más importante y frecuente es la elegía, entonada con motivo de la muerte de un ser querido, que los profetas utilizan para presentar la trágica situación de su pueblo en el presente o en el futuro. La más antigua y concisa la encontramos en Amós:

"Cayó para no levantarse la doncella de Israel,  
está arrojada en el suelo y nadie la levanta.  
Pues así dice el Señor a la casa de Israel:  
La ciudad de donde partieron mil se quedará con cien;  
de donde partieron cien, se quedará con diez" (Am 5,2-3).

Elementos elegíacos y alegóricos se unen en este otro texto de Ezequiel para describir la situación de los últimos reyes judíos:

"Entona esta elegía por los príncipes de Israel:  
¡Qué leona tu madre en medio de leones!  
Tumbada entre leoncillos amamantaba a sus cachorros.  
Crió a uno de sus cachorros, que se hizo leoncillo  
y aprendió a desgarrar la presa, devorando hombres.  
Reclutaron gente contra él, lo atraparon en la fosa,  
y con ganchos se lo llevaron a la tierra de Egipto.  
Y viendo desvanecida y burlada su esperanza,  
tomó otro de sus cachorros y lo hizo leoncillo.  
Merodeaba entre los leones hecho ya un leoncillo;  
hacía estragos en los palacios y arrasaba las ciudadelas;  
tenía el país y sus moradores amedrentados con sus rugidos.  
Cargaron contra él los pueblos y lo atraparon en la fosa.

Con cólera y con ganchos lo llevaron al rey de Babilonia;  
enjaulado se lo llevaron para que no volviera a oírse su rugido  
en las montañas de Israel" (Ez 19,1-9).

Muy relacionados con el ámbito vital de la elegía se encuentran los ¡ayes!. ¡Ay! ¡ay!, es uno de los gritos entonados por las plañideras cuando acompañan el cortejo fúnebre. Los profetas utilizan este género para indicar que determinadas personas (más bien grupos) se encuentran a las puertas de la muerte por sus pecados:

"¡Ay de los que añaden casas a casas  
y juntan campos con campos,  
hasta no dejar sitio,  
y vivir ellos solos en medio del país!  
Lo ha jurado el Señor de los ejércitos:  
Sus muchas casas serán arrasadas,  
sus palacios magníficos quedarán deshabitados,  
diez yugadas de viña darán sólo un tonel,  
una carga de simiente dará una canasta (Is 5,7-10).

¡Ay de los que llaman al mal bien y al bien mal,  
que tienen las tinieblas por luz  
y la luz por tinieblas,  
que tienen lo amargo por dulce  
y lo dulce por amargo! (Is 5,20).

¡Ay del que acumula bien ajeno,  
¿por cuánto tiempo?  
y amontona objetos empeñados!  
De pronto se alzarán tus acreedores,  
despertarán y, sacudiéndote bien, te desvalijarán;  
porque saqueaste a tantas naciones,  
los demás pueblos te saquearán;  
por tus asesinatos y violencias  
en países, ciudades y poblaciones" (Hab 2, 7-8).

#### **e) Géneros estrictamente proféticos**

Dos casos merecen especial atención: el oráculo de condena dirigido a un individuo y el oráculo de condena contra una colectividad. Ambos constan de diversos elementos, pero son esenciales la denuncia del pecado y el anuncio del castigo. En las tradiciones de Elías encontramos ejemplos significativos. Cuando el rey Ajab se ha apoderado de la viña de Nabot tras su asesinato, el profeta le sale al paso para interpretarlo:

"¿Has asesinado y encima robas? Por eso, así dice el Señor: En el mismo sitio donde los perros han lamido la sangre de Nabot, también a ti los perros te lamerán la sangre" (1 Re 21,17ss).

En otra ocasión, el rey Ocozías, enfermo, envía a consultar a un dios pagano. Elías interviene de nuevo:

"¿Es que no hay rey en Israel para que mandes a consultar a Belcebú? Por eso, así dice el Señor: No te levantarás de la cama donde te has acostado. Morirás sin remedio" (2 Re 1,3-4).

Esta formulación tan sucinta la encontramos también en Amós cuando se enfrenta con el sumo sacerdote de Betel, Amasías:

"Escucha la palabra del Señor. Tú dices: "No profetices". Pues, bien, así dice el Señor: Tu mujer será deshonrada, tus hijos e hijas caerán a espada; tu tierra será repartida a cordel, tú morirás en tierra pagana" (Am 7, 16-17).

En estos tres casos, aunque las situaciones son muy distintas, se emplea siempre la misma estructura. Denuncia (¡asesinar y robar!, ¡consultar a Belcebú!, ¡prohibir profetizar!) y anuncio del castigo



(que es siempre la pena de muerte), precedido por la llamada ¡fórmula del mensajero! (¡así dice el Señor!).

Como indica Wextermann, nos encontramos en un ambiente de juicio, con una falta, un juez y una sentencia. La falta denunciada consiste en la transgresión del antiguo derecho divino. El juez es siempre el mismo Dios, guardián del derecho, que puede actuar incluso contra el rey, su vasallo. La sentencia es en los tres casos la pena de muerte. Pero el mensajero (Elías o Amós) no posee poder ejecutivo y el efecto de la sentencia queda en suspenso (al contrario de lo que ocurre en la maldición mágica, que se supone de efecto inmediato); tendrá lugar más tarde, dentro de un plazo relativamente breve.

De lo anterior no debemos deducir que el profeta, al condenar a un individuo, se atenga siempre a este mismo esquema, sin poder modificarlo. A veces recurre a metáforas para desarrollar el anuncio del castigo, como hace Isaías en su oráculo contra el mayordomo de palacio, Sobna:

"Así dice el Señor de los ejércitos:  
Anda, ve a ese mayordomo de palacio, a Sobna,  
que se labra en lo alto un sepulcro  
y excava en la piedra una morada:  
¿Qué tienes aquí, a quién tienes aquí,  
que te labras aquí un sepulcro?  
Mira: el Señor te aferrará con fuerza  
y te arrojará con violencia,  
te hará dar vueltas y vueltas como un aro,  
sobre la llanura dilatada.  
Allí morirás, allí pararán tu carroza de gala,  
baldón de la corte de tu señor" (Is 22, 15-18).

El oráculo de condenación individual es breve, directo, se pronuncia en presencia del interesado, que escucha la sentencia. El oráculo de condenación colectiva se dirige a todo el pueblo, a un grupo o a las naciones extranjeras y aparece como un desarrollo del anterior, con un horizonte más amplio.

La acusación abarca una multitud o una serie de faltas. Generalmente consta de dos miembros: el primero denuncia de forma general, el segundo ataca un pecado concreto. Por ejemplo:

"A Damasco, por tres delitos  
y por cuatro, no le perdonaré.  
Porque trilló a Galaad  
con trillos de hierro (Am 1,3).  
A Gaza, por tres delitos  
y por cuatro, no le perdonaré.  
Porque hicieron prisioneros en masa  
y los vendieron a Edom" (Am 1,6).

El anuncio del castigo también tiene dos partes: intervención de Dios y consecuencias:  
"Romperé los cerrojos de Damasco  
y aniquilaré a los jefes de Valdelito  
y al que lleva cetro en Casa Delicias,  
y el pueblo sirio irá desterrado a Quir" (Am 1,5).

El oráculo individual es vivo, inmediato; el colectivo se vuelve más literario y, con ello, más libre y extenso. La creatividad del profeta le induce a introducir cambios en la estructura fundamental. Por ejemplo, no es raro que invierta el orden de los elementos, situando el anuncio de castigo antes de la acusación, o las consecuencias antes de la intervención de Dios. Esta misma creatividad hace que el profeta amplíe a veces el esquema primitivo, hasta el punto de que en Jeremías y Ezequiel resulta casi irreconocible.

En tan pocas páginas no se puede describir la riqueza del lenguaje profético. Por otra parte, nos hemos limitado a los géneros que emplean, sin descender a otros detalles estilísticos quizá más importantes, pero que habría que analizar caso por caso. Un lector con sensibilidad literaria habrá advertido en lo anterior numerosos detalles de interés y encontrará otros muchos en las páginas que siguen.

## 2) Las acciones simbólicas

Para transmitir su mensaje, los profetas no se limitan a la palabra. A veces la acompañan de gestos y acciones para darle más fuerza. Partamos de un ejemplo concreto.

"Un día salió Jeroboán de Jerusalén y el profeta Ajías de Siló, envuelto en un manto nuevo, se lo encontró en el camino; estaban los dos solos, en descampado. Ajías agarró su manto nuevo, lo rasgó en doce trozos y dijo a Jeroboán: Cógete diez trozos, porque así dice el Señor, Dios de Israel: Voy a arrancarle el reino a Salomón y voy a darte a ti diez tribus" (1 Re 11,29-31).

¿Para qué destrozar un manto nuevo? ¿O descuartizar una pareja de bueyes (1 Sam 11,6-7)? ¿O tirar unas flechas por la ventana (2 Re 13, 14-19), cargar con un yugo al cuello (Jer 27, 1-3.12), o dibujar una ciudad en un ladrillo (Ez 4, 1-3)? Para una mentalidad práctica, la acción simbólica parece una pérdida absurda de tiempo, energías y dinero. Podría haberse transmitido el mismo mensaje sin necesidad de ese despilfarro.

Sin embargo, no es así. Las palabras serían las mismas. Pero la fuerza expresiva, la capacidad de atraer la atención del oyente, es mucho mayor en la acción simbólica. Visualizan algo que las palabras sólo pueden enunciar con frialdad. ¡Se meten por los ojos!

Quizá por ello los profetas emplearon a veces este tipo de acciones, aunque tenemos la impresión de que estuvieron bastante condicionados por el gusto de la época. Por ejemplo, entre los profetas del siglo VIII es difícil encontrarlas, mientras son frecuentes en Jeremías y Ezequiel, profetas de finales del siglo VII y comienzos del VI. Esto demuestra que la importancia de las acciones simbólicas es relativa; juegan un papel secundario dentro del modo de expresarse de los profetas. A pesar de todo merece la pena conocerlas más de cerca.

En la mayoría de los relatos sobre acciones simbólicas podemos encontrar, según Fohrer, seis elementos:

1.-La orden de ejecutarla; viene siempre de Dios y este mandato, introducido por la fórmula del mensajero (¡así dice el Señor!), es para el profeta un elemento decisivo, que exige obediencia.

2.-El relato puede ser muy variado; en más de la mitad de los casos no se cuenta la ejecución de la acción simbólica, se da por supuesta.

3.-La interpretación se da mediante palabras que desvelan el sentido de lo realizado; este elemento es esencial, para evitar interpretaciones erróneas.

4.-Los testigos oculares. Si exceptuamos ciertos casos de Jeremías y Ezequiel, aparecen mencionados con mucha frecuencia; cuando faltan es por buenas razones, como en la mudez de Ezequiel, que sólo tiene sentido para el profeta.

5.-El compromiso de Dios a ejecutar lo simbolizado.

6.-El nexo entre la acción simbólica y lo simbolizado.

No siempre se dan todos los elementos. Pero esto es secundario. Lo importante es conocer algunos ejemplos concretos.

El Señor me dijo: Vete a comprar una jarra de loza; acompañado de algunos concejales y sacerdotes, sal hacia al valle de Ben Hinnón, adonde la Puerta de los Cascotes, y proclama allí lo que te diré. Rompe la jarra en presencia de tus acompañantes y diles: Así dice el Señor de los ejércitos: Del mismo modo romperé yo a este pueblo y a esta ciudad; como se rompe un cacharro de loza y no se puede recomponer (Jer 19, 1-2.10-11).

Se trata de un caso interesante, en el que todos los elementos quedan incluidos dentro de la orden de Dios; en ella se habla de la presencia de testigos, se interpreta el sentido de la acción, el Señor se compromete a cumplir lo simbolizado y existe relación entre la acción simbólica y el futuro anunciado (romper la jarra, romper a la ciudad). Sólo falta el relato de la realización, que el profeta considera innecesario.

A continuación nos fijaremos en una cadena de acciones simbólicas realizadas por Ezequiel, todas ellas relacionadas entre sí, y que encuentran un final sorprendente en la interpretación. El texto, que ha sufrido numerosos añadidos y comentarios, lo reduzco a su probable formulación primitiva:

"Y tú, hijo de Adán, coge un adobe,  
póntelo delante y graba en él una ciudad,  
ponle cerco, construye torres  
de asalto contra ella,  
y haz un terraplén contra ella;  
pon tropas contra ella

y emplaza arietes a su alrededor (4,1-2).

Y tú, coge trigo y cebada,  
alubias y lentejas, mijo y escanda;  
échalo todo en una vasija  
y con ello hazte de comer.  
Comerás tasado tu alimento:  
una ración diaria de ocho onzas (=250 gramos),  
a una hora fija la comerás.  
Beberás el agua medida:  
la sexta parte de una cantarilla,  
a una hora fija la beberás (4,9-11).

Y tú, hijo de Adán, coge una cuchilla afilada,  
coge una navaja barbera  
y pásatela por la cabeza y por la barba.  
Después coge una balanza y haz porciones.  
Un tercio lo quemarás en la lumbre  
en medio de la ciudad  
un tercio lo sacudirás con la espada,  
un tercio lo esparcirás al viento (5,1-2).

Dirás a la casa de Israel:  
Esto dice el Señor:  
Se trata de Jerusalén:  
la puse en el centro de los pueblos,  
rodeada de países,  
y se rebeló contra mis leyes y mandatos  
pecando más que otros pueblos,  
más que los países vecinos.  
Por eso, así dice el Señor:  
Aquí estoy contra ti para hacer justicia en ti  
a la vista de todos los pueblos.  
Por tus abominaciones  
haré en ti cosas que jamás hice  
ni volveré a hacer.  
Te haré escombros a la vista de los que pasen.  
Serás escarnio y afrenta para los pueblos vecinos,  
cuando haga en ti justicia con castigos terribles.  
Yo, el Señor, lo he dicho" (5,5-6.8-9.14-15).

Hay que colocarse en la situación que presupone el libro. Ezequiel se encuentra deportado en Babilonia, junto con otros paisanos judíos. Estos esperan que su trágica situación pase pronto y puedan volver a la tierra prometida. Lo inimaginable es que Jerusalén pueda sufrir una nueva desgracia. En este ambiente, Ezequiel comienza su acción cogiendo un ladrillo y grabando en él el escudo plano de una ciudad, que luego asedia con torres, terraplenes y tropas. Como un niño que juega con sus ejércitos de plástico. Los espectadores saben que no se trata de un juego de niños. Y piensan que esa ciudad sitiada debe ser su mortal enemiga, Babilonia. El profeta no dice nada. Sigue con una nueva acción relacionada con el asedio: el hambre. Y añade una tercera, que sugiere las terribles consecuencias de la caída de la ciudad: un tercio de la población muere en el incendio, un tercio muere a espada, un tercio se dispersa huyendo. Los paisanos han comprendido la relación entre las distintas acciones. Pero seguro que las han interpretado mal, depositando en ellas falsas esperanzas. Por eso es imprescindible la interpretación, que evita los malentendidos: ¡Se trata de Jerusalén!. Las palabras siguientes no se detienen en explicar el sentido de las acciones, obvio para los espectadores, sino en justificar la actitud de Dios con la capital.

En los pasajes anteriores predomina el elemento visual. A veces, el relato de la acción simbólica adquiere un tinte más literario u oratorio, con claro predominio de la palabra. Es lo que ocurre en este otro texto de Ez 21, 24-27:

"Y tú, hijo de Adán, traza dos rutas para la espada del rey de Babilonia; las dos arrancarán del mismo país. Pon una señal en el arranque de cada ruta para la espada: 'A Rabat de los amonitas; a Judá, que tiene en Jerusalén su plaza fuerte'. Ha hecho alto el rey de Babilonia en la bifurcación de la calzada, donde se dividen las dos rutas, para consultar el vaticinio: baraja las flechas, pregunta a los ídolos, inspecciona el hígado. Ya tiene en su mano derecha el vaticinio: ¡A Jerusalén! ¡A prorrumpir en alaridos y lanzar gritos de algazara, a emplazar arietes contra las puertas, a hacer un terraplén y construir torres de asalto!"

De nuevo juega el profeta con el elemento sorpresa. El rey de Babilonia está a punto de comenzar su campaña anual. Y se le trazan dos posibilidades: contra los amonitas, contra los judíos. Los espectadores esperan lo primero. En este momento, la acción simbólica se convierte en descripción literaria, con tensión creciente. El lector contiene el aliento cuando el rey ¡hace alto en la bifurcación de la calzada!. Es preciso leer el texto despacio, dando tiempo a la imaginación para ver cómo se barajan las flechas, se consulta a los ídolos, se inspecciona el hígado de un animal muerto. Hasta que, finalmente, se obtiene la respuesta, contraria a los deseos del espectador: ¡¡A Jerusalén!! Magnífico ejemplo de la libertad con que emplean los profetas las estructuras literarias habituales.

En los ejemplos citados, se emplean elementos externos para simbolizar algo: un adobe, alimentos de diverso tipo, un cinturón de lino. Hay casos en que la misma persona del profeta se convierte en objeto central de la acción. Es lo que le ocurre a Isaías en el relato del capítulo 20. Para entenderlo conviene cambiar el orden de los versos, restituyendo su orden cronológico. Todo comienza con un mandato impensable de Dios: -¡Anda, desátate el sayal de la cintura, quítate las sandalias de los pies. El lo hizo y anduvo desnudo y descalzo!.

Es difícil imaginar a un personaje como Isaías, tan sobrio y casi hierático, paseando de esta forma por Jerusalén durante meses y meses. ¿Qué quiere expresar con ello? La respuesta tiene lugar mucho más tarde:

El año en que el general enviado por Sargón, rey de Asiria, llegó a Azoto, la atacó y la conquistó. Entonces el Señor habló por Isaías, hijo de Amós:

Como mi siervo Isaías ha caminado desnudo y descalzo durante tres años, como signo y presagio contra Egipto y Cus [= Etiopía], así el rey de Asiria conducirá a los cautivos de Egipto y a los deportados de Cus, jóvenes y viejos, descalzos y desnudos. Sentirán miedo y vergüenza por Cus, su confianza, y por Egipto, su orgullo. Y aquel día los habitantes de esta costa dirán: Ahí tenéis a los que eran nuestra confianza, a los que acudíamos en busca de auxilio para que nos librasen del rey de Asiria; pues nosotros, ¿cómo nos salvaremos?

Nos encontramos en el año 715 a.C. cuando Isaías comienza su acción simbólica. Desde el 734, Judá está pagando tributo a Asiria. Políticos y pueblo desean liberarse de ese yugo. Cuentan con la ayuda de egipcios y etíopes para levantarse contra sus dominadores. Pero Isaías desconfía de ellos y adopta la costumbre de marchar por Jerusalén desnudo y descalzo, igual que los prisioneros de guerra. El sentido queda claro dos años más tarde, 713, cuando las tropas asirias conquistan Azoto, demostrando con ello su superioridad. La rebelión es un locura, como ha estado sugiriendo Isaías desde el comienzo.

Otras veces es la forma de vida del profeta, o ciertas actitudes concretas, las que se convierten en símbolo de un trágico futuro. Es lo que ocurre en la triple orden que recibe Jeremías de Dios (16, 1-9):

Me vino la palabra del Señor:

-No te cases, no tengas hijos ni hijas en este lugar. Porque así dice el Señor a los hijos e hijas nacidos en este lugar, a las madres que los parieron, a los padres que los engendraron en esta tierra: Morirán de muerte cruel, ni serán llorados ni sepultados (...).

Así dice el Señor:

-No entres en casa donde haya luto,  
no vayas al duelo, no les des el pésame,  
porque retiro de este pueblo -oráculo del Señor-  
mi paz, misericordia y compasión.  
Morirán en esta tierra grandes y pequeños,  
no serán sepultados ni llorados,  
ni por ellos se harán incisiones

o se raparán el pelo;  
 no asistirán al banquete fúnebre  
 para darle el pésame por el difunto,  
 ni les darán la copa del consuelo  
 por su padre o su madre.  
 No entres en la casa  
 donde se celebra un banquete  
 para comer y beber con los comensales;  
 porque así dice el Señor de los ejércitos,  
 Dios de Israel:  
 Yo haré cesar en este lugar,  
 en vuestros días, ante vosotros,  
 la voz alegre, la voz gozosa,  
 la voz del novio, la voz de la novia.

Para completar estas ideas sobre las acciones simbólicas nos fijaremos en dos cuestiones:

### a) ¿Se trata de acciones reales o de ficción literaria?

Algunos autores consideran de interés secundario esta pregunta. A principios de siglo escribía Tobac: ¡Sea real o ficticia la acción simbólica, el resultado desde el punto de vista de la enseñanza es sensiblemente el mismo, y no perdemos mucho al no poder determinar siempre con exactitud su carácter! Van den Born también subraya que para el fin esencial 'simbolizar lo que Dios hará no es imprescindible que se ejecute la acción. Es suficiente ¡contarla!. Sin embargo, otros comentaristas consideran muy probable que fuesen llevadas a cabo. Según Fohrer, no existen motivos válidos para dudar de la historicidad de los relatos y ofrece en favor de ella los siguientes argumentos:

- el mandato divino es tan serio que se supone que el profeta lo cumplirá; aunque en más de la mitad de los casos no se cuenta la ejecución de la orden, esto no prueba que se trate de ficciones literarias;
  - el hecho de que los espectadores exijan a Ezequiel una interpretación de sus acciones demuestra que éstas son reales.
  - los relatos ofrecen pormenores de la vida diaria;
  - la acción simbólica debe ser un signo para el pueblo, y esto requiere que sean llevadas a cabo;
  - muchas acciones se realizan en circunstancias históricas concretas y muy importantes.
- Estoy básicamente de acuerdo con Fohrer, pero no tendría inconveniente en admitir que algunas de ellas son mera creación literaria.

### b) Acción simbólica y magia

Para algunos comentaristas, como Van de Born, las acciones simbólicas de los profetas son los últimos vestigios de las prácticas mágicas. Fohrer lo niega por los siguientes motivos:

- El origen de la acción simbólica es una orden de Dios y no el deseo del profeta ni la voluntad de otros hombres. Es raro que falte este mandato.
- La interpretación que da el profeta demuestra que la acción simbólica no se asemeja a la magia, que opera por su propia fuerza. Ordinariamente, la acción mágica carece de interpretación.
- La garantía divina de que ejecutará lo simbolizado la diferencia aún más de la magia, donde nunca estamos seguros del resultado. En la acción simbólica, el elemento mágico queda dominado, porque es el poder de Dios el que opera en la realidad humana.
- Los profetas no deseaban las calamidades simbolizadas; en los magos ocurre lo contrario.
- La magia procede generalmente con un ritual complicado, del que no encontramos huella en los profetas.
- La acción mágica pretende modificar el curso del destino. La simbólica, por el contrario, revelar los planes de Dios; no intenta modificarlos, sino que el hombre se someta a ellos.

¡Entre la magia y el profetismo bíblico existe todo el abismo que separa la voluntad o el deseo del hombre de la voluntad de Dios, a menudo incondicional. La religión bíblica constituye probablemente la

confrontación más decisiva con la magia que conoció la Antigüedad. Representa la oposición decidida a las recetas humanas para evadirse de la gracia divina, protectora y creadora de un mundo nuevo! (Ramlot).

\* \* \*

Nuestro conocimiento de los profetas de Israel se basa en dos clases de documentos: los relatos contenidos en los libros de Samuel, Reyes y Crónicas y los llamados libros proféticos. Los problemas que plantean son muy distintos y conviene conocerlos aunque sea de forma somera.

## 6. Las narraciones sobre profetas

Nos ponen en contacto con numerosos personajes (reales o ficticios) de interés para los primeros siglos del profetismo y con otros posteriores que no dejaron obra escrita. Son los siguientes:

Samuel (1 Sam 1-3; 7-13; 15-16; 28,3-5).  
 Gad (1 Sam 22,5; 2 Sam 24).  
 Natán (2 Sam 7; 12; 1 Re 1,11-48).  
 Aías de Siló (1 Re 11, 29-39; 14,1-8).  
 Samayás (1 Re 12,21-24; 2 Cr 12,5-8).  
 Un profeta anónimo (1 Re 13).  
 Jehú, hijo de Jananí (1 Re 16,1-4; 2 Cro 19,1-3).  
 Un profeta anónimo (1 Re 20,13-28).  
 Uno de la comunidad de profetas (1 Re 20, 35-43).  
 Miqueas ben Yimlá (1 Re 22).  
 Elías (1 Re 17-19; 21; 2 Re 1).  
 Eliseo (2 Re 2; 3,4-27; 4,1-8,15; 9,1-10; 13,14-21).  
 Julda (2 Re 22,13-20).  
 Azarías, hijo de Oded (2 Cro 15,1-8).  
 Jananí (2 Cro 16,7-10).  
 Yajziel (2 Cro 20, 13-17).  
 Azarías, hijo de Yehoyadá (2 Cro 24,17-22).  
 Un profeta anónimo (2 Cro 25,5-10).  
 Otro profeta anónimo (2 Cro 25,5-10).  
 Otro profeta anónimo (2 Cro 25,14-16).  
 Oded (2 Cro 28,9-13).

Una lectura rápida de estos textos bastaría para advertir grandes diferencias entre ellos. A veces se trata de notas brevísimas; en otros se cuentan simples anécdotas; algunos presentan los hechos con sentido dramático y profundidad religiosa. Cada vez existe menos unanimidad en la forma de clasificarlos. Pero, sin entrar en profundidades, al lector puede ayudarle la división en tres grupos propuesta por Jepsen:

a) Un primer bloque de textos presenta a estos profetas a la luz de la historia, destacando su interés por la política exterior o interior; el profeta aparece como un hombre que aconseja al rey o le reprende, interviene en la guerra, fomenta la subida al trono de un personaje, etc. Por ejemplo, cuando el profeta Gad aconseja a David que abandone el refugio del desierto y se asiente en territorio de Judá (1 Sam 22,5), Natán condena a David por su adulterio y asesinato (2 Sam 12) y más tarde interviene de manera decisiva en la subida al trono de Salomón (1 Re 1,15-48); o cuando Eliseo interviene de forma indirecta en la unción de Jehú como rey (2 Re 9).

b) El segundo abarca leyendas proféticas, embellecidas por la tradición oral y, en ciertos casos, inventadas por ella. En este segundo grupo tiene más importancia el ideal del profeta que la realidad histórica. Aunque algunos de estos textos se fijan en intervenciones políticas de los profetas, su interés se centra en el aspecto humano, especialmente en sus numerosos milagros. Es típico de muchos de estos relatos subrayar el poder profético de adivinación. Es conveniente advertir que estos relatos no

siempre contienen datos históricos para evitar interpretaciones erróneas. En su libro ¿Por qué no soy cristiano? aduce Bertrand Russel la siguiente tradición profética:

Subió Eliseo desde Jericó a Betel, y según subía por el camino salieron del poblado unos chiquillos, que se burlaban de él:

¡Sube, calvo! ¿Sube, calvo!

Eliseo se volvió, se les quedó mirando y los maldijo invocando al Señor. Entonces salieron de la espesura dos osas que despedazaron a cuarenta y dos de aquellos niños (2 Re 2,23-24).

Si se interpreta el relato al pie de la letra, como un hecho histórico, es para escandalizar a cualquiera y decidir, como Russel, no creer en ese Dios. Pero lo que tenemos ante nosotros es una simple leyenda que intenta inculcar respeto a la persona del profeta y subrayar el poder de su palabra. Desde luego, la leyenda es bastante desafortunada; corresponde a una concepción religiosa muy primitiva, nada semejante a la cristiana. Y también es de tremenda ingenuidad. Porque dos osas podrán matar a cuatro o cinco niños; los restantes habrían huido inmediatamente. Quien inventó la historia entendía muy poco de osas y mucho menos de niños. Y lo que es peor, tampoco conocía bien a Eliseo, ese personaje tan preocupado por la gente pobre y sencilla, a los que alimenta, cuida y protege. Habría sido incapaz de maldecir a unos niños porque se burlasen de él. Este ejemplo nos demuestra que las tradiciones de este grupo debemos leerlas con ciertas reservas desde el punto de vista histórico y no escandalizarnos ni entusiasmarlos demasiado con ellas.

c) El tercer grupo está formado por discursos de profetas, que sintetizan en pocas palabras su mensaje; quizá porque estos hombres sólo tuvieron una o dos intervenciones, quizá porque no se conservó nada más de ellos. Pero también es posible que tales discursos fuesen creados por los historiadores posteriores, para ir dando una visión teológica de los acontecimientos o para justificar en nombre de Dios determinados hechos posteriores. Un ejemplo típico lo encontramos en 1 Sam 2,27-36:

"Un profeta se presentó a Elí y le dijo:

Así dice el Señor: Yo me revelé a la familia de tu padre cuando eran todavía esclavos del Faraón en Egipto. Entre todas las tribus de Israel me lo elegí para que fuera sacerdote, subiera a mi altar, quemara mi incienso y llevara el efod en mi presencia, y concedí a la familia de tu padre participar en las oblationes de los israelitas. ¿Por qué habéis tratado con desprecio mi altar y las ofrendas que mandé hacer en mi templo? ¿Por qué tienes más respeto a tus hijos que a mí, cebándolos con las primicias de mi pueblo, Israel, ante mis ojos?

Por eso, oráculo del Señor, Dios de Israel, aunque yo te prometí que tu familia y la familia de tu padre estarían siempre en mi presencia, ahora, oráculo del Señor, no será así. Porque yo honro a los que me honran y serán humillados los que me desprecian. Mira, llegará un día en que arrancaré tus brotes y los de la familia de tu padre, y nadie llegará a viejo en tu familia. Mirarás con envidia todo el bien que voy a hacer; nadie llegará a viejo en tu familia. Y si dejo a alguno de los tuyos que sirva a mi altar, se le consumirán los ojos y se irá acabando; pero la mayor parte de tu familia morirá a espada de hombres. Será una señal para ti lo que les va a pasar a tus dos hijos, JofnÍ y Fineés: los dos morirán el mismo día.

Yo me nombraré un sacerdote fiel, que hará lo que yo quiero y deseo; le daré una familia estable y vivirá siempre en presencia de mi ungido. Y los que sobrevivan de tu familia vendrán a prosternarse ante él para mendigar algún dinero y una hogaza de pan, rogándole: 'Por favor, dame un empleo cualquiera como sacerdote para poder comer un pedazo de pan'."

En principio podríamos pensar que se trata de un discurso histórico pronunciado por un profeta desconocido. Nadie debe extrañarse de que alguien se levante en nombre de Dios contra los pecados de la familia del sumo sacerdote Elí. Pero al final del discurso encontramos un dato sorprendente: se anuncia que la dinastía sacerdotal de Elí será sustituida por otra que ¡vivirá siempre en presencia de mi ungido!. Ya que el ungido es el rey, se habla de una familia sacerdotal al servicio de los monarcas. Pero en tiempos de Elí no existe monarquía ni se piensa todavía en ella. Se trata, pues, de un discurso creado posteriormente, cuando ya se sabía que la familia de Elí había pasado a segundo plano, siendo sustituida en importancia por la de Sadoc. Esto ocurrió muchos años más tarde, cuando Salomón desterró al sacerdote Abiatar, descendiente de Elí, por haberse puesto en contra de su nombramiento como rey. El autor de la Historia deuteronomista (que abarca los libros de Josué, Jueces, Samuel y Reyes) ha creado la figura de este profeta anónimo y le ha puesto un discurso en la boca para anticipar los acontecimientos y justificarlos como voluntad de Dios.

Este ejemplo no debe provocar en el lector una sospecha absoluta con respecto a todos los discursos de profetas pertenecientes a este bloque (1 Sam 2,27-36; 13,10-14; 15; 1 Re 11,29-39; 14,1-16; 16,1-4, etc.), pero sí precaverle para valorarles rectamente.

Los grupos de textos que hemos considerado en este apartado son muy importantes para conocer la historia del profetismo en sus orígenes y primeros siglos de existencia. Pero la aportación capital de los profetas se nos ha transmitido en los libros que analizaremos a continuación.

## 7. Los libros proféticos: su formación

La Biblia hebrea incluye en este bloque los libros de Isaías, Jeremías, Ezequiel y los Doce (Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahúm, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías, Malaquías). La traducción griega de los Setenta (LXX) realiza algunos cambios de orden dentro de los Doce (Oseas, Amós, Miqueas, Joel, Abdías, Jonás, etc.), y los sitúa antes de Isaías. Por otra parte, después de Jeremías introduce Baruc, Lamentaciones y la Carta de Jeremías (= capítulo 6 de Baruc en muchas ediciones actuales). Estos añadidos resultan comprensibles: Baruc fue secretario de Jeremías; las Lamentaciones las atribuyen los LXX a este gran profeta. No es raro que ambas obras fuesen situadas después de su libro. En realidad, el libro de Baruc no lo escribió el discípulo de Jeremías, y las Lamentaciones no son suyas. Pero estos detalles no se conocían en siglos pasados.

Por último, nuestras ediciones acostumbran incluir entre los libros proféticos a Daniel, aunque los judíos lo colocan entre los otros escritos! (Ketubim). La decisión actual parece acertada ya que Daniel es, al menos en parte, el representante más genuino de la literatura apocalíptica, hija espiritual de la profecía.

El principal problema que plantea esta serie de libros es el de su formación. La cuestión es tan complicada que podríamos dedicar muchas páginas a un solo libro. Nos contentaremos con unas ideas generales.

Nosotros estamos acostumbrados a atribuir una obra literaria a un solo autor, sobre todo, si al principio nos da su nombre, como ocurre en los libros proféticos. Pero en este caso no es cierto que todo el libro proceda de la misma persona. Podemos comenzar recordando el ejemplo más sencillo: Abdías. Este profeta no escribió un libro ni un folleto; una sola página con veintiún versos resume toda su predicación. Sería normal atribuirle estas pocas líneas sin excepción. No obstante, los comentaristas coinciden en que los versos 19-20, escritos en prosa, fueron añadidos posteriormente; el estilo y la temática los diferencian de lo anterior. ¿Quién insertó estas palabras? No lo sabemos. Quizá un lector que vivió varios siglos después de Abdías.

Si el mensaje más breve de toda la Biblia plantea problemas insolubles, los 66 capítulos de Isaías, 52 de Jeremías o 48 de Ezequiel son capaces de desesperar al más paciente. Hay que renunciar por principio a comprenderlo todo. Limitándonos a ideas generales y, simplificando mucho, podemos indicar las siguientes etapas en la formación de los libros proféticos:

a) La obra original del profeta. Normalmente, lo primero sería la palabra hablada, pronunciada directamente ante el público, a la que seguiría su consignación por escrito. A veces, entre la proclamación del mensaje y su redacción pudieron transcurrir incluso varios años, como sugiere el capítulo 36 de Jeremías. Este relato es el más sugerente sobre los primeros pasos en la formación de un libro profético. Tras situarnos en el año 605 a.C. (¡el año cuarto de Joaquín, hijo de Josías, rey de Judá!), nos dice que el profeta recibió la siguiente orden del Señor:

"Coge un rollo y escribe en él todas las palabras que te he dicho sobre Judá y Jerusalén y sobre todas las naciones, desde el día en que comencé a hablarte, siendo rey Josías, hasta hoy. (...).

Entonces Jeremías llamó a Baruc, hijo de Nerías, para que escribiese en el rollo, al dictado de Jeremías, todas las palabras que el Señor le había dicho" (36,1-4).

A un hombre actual puede extrañarle que se deje pasar tanto tiempo entre la predicación y la redacción escrita. Si Jeremías recibió la vocación el año 627 a.C., como parece lo más probable, resulta curioso que sólo reciba orden de escribir el contenido esencial de su mensaje veintidós años más tarde. Pero la mentalidad de la época era distinta. Recordemos que, siglos más tarde, Jesús no dejará una sola palabra escrita. Volviendo a Jeremías, el volumen dictado a Baruc corre un destino fatal. Tras ser leído en presencia de todo el pueblo, luego ante los dignatarios, termina tirado al fuego por el rey Joaquín. Pero



Dios no se da por vencido y ordena al profeta: ¡Toma otro rollo y escribe en él todas las palabras que había en el primer rollo, quemado por Joaquín! (v. 28). El capítulo termina con este interesante dato:

"Jeremías tomó otro rollo y se lo entregó a Baruc, hijo de Nerías, el escribano, para que escribiese en él, a su dictado, todas las palabras del libro quemado por Joaquín, rey de Judá. Y se añadieron otras muchas palabras semejantes" (v. 32).

Entre el primer volumen y el segundo existe ya una diferencia. El segundo es más extenso. Contiene el núcleo básico del futuro libro de Jeremías. Los comentaristas han hecho numerosos intentos para saber cuáles de los capítulos actuales se encontraban en aquel volumen primitivo. No existe acuerdo entre ellos, y carece de sentido perderse en hipótesis. Lo importante es advertir que el libro de Jeremías se remonta a una actividad personal del profeta.

Algo parecido debió de ocurrir con Isaías, Amós, Oseas, etc. Es probable que la palabra hablada diese lugar a una serie de hojas sueltas, que más tarde se agrupaban formando pequeñas colecciones: el ¡Memorial sobre la guerra sirofraimita! (Is 6,1-8,14), el ¡Librito de la consolación! (Jer 30-32), los oráculos ¡A la casa real de Judá! (Jer 30-32), los oráculos ¡A la casa real de Judá! (Jer 21,11-23,6), ¡A los falsos profetas! (Jer 23,9-32), ¡Sobre la sequía! (Jer 14), etc.

Hasta ahora nos hemos fijado en la palabra profética que fue consignada por escrito después de ser pronunciada oralmente. No podemos olvidar que en ciertos casos el proceso es inverso: primero se escribe el texto, luego se proclama. En este apartado adquieren especial relieve los relatos de vocación (Jer 1,4-10; Ez 1,3), las llamadas ¡Confesiones de Jeremías!, los relatos de acciones simbólicas no realizadas (ya hemos contado con esta posibilidad).

Y dentro de esta misma línea podríamos llegar a admitir que algunos profetas más que predicadores fueron escritores. Este caso se ha presentado con especial agudeza a propósito de los capítulos 40-55 de Isaías (¡Deuteroisaias!); muchos comentaristas creen que su autor fue un gran poeta que redactó su obra por escrito, comunicándola oralmente sólo en un segundo momento. También el gran ciclo de las ¡visiones! de Zacarías parece más obra literaria que redacción posterior de una palabra hablada.

b) La obra de los discípulos y seguidores del profeta.. Con lo anterior no quedaron terminados, ni de lejos, los actuales libros proféticos. Les faltaba mucho camino por recorrer. El siguiente paso lo dará un grupo muy complejo que, a falta de mejor término, calificó de discípulos y seguidores. Utilizó una expresión bastante ambigua para no inducir a error al lector. Nosotros estamos acostumbrados a una relación muy directa entre el maestro y el discípulo. Decimos, por ejemplo, que Julián Marías es discípulo de Ortega y Gasset. Pero nadie diría que García Morente fue discípulo de Kant, por mucho que estimase y conociese la obra de este filósofo. En nuestra mentalidad, para que alguien sea discípulo es preciso que haya existido un contacto físico, directo, unos años de compañía y aprendizaje.

Esta relación directa entre maestro y discípulos se dio también en algunos de los profetas. Isaías nos habla de ellos. Pero, en la redacción de los libros, intervendrá no sólo este tipo de discípulos, sino también personas muy alejadas temporalmente del profeta, aunque dentro de su esfera espiritual. Como si Unamuno hubiese podido refundir y completar la obra de Kierkegaard. Un ejemplo que puede parecer absurdo, pero que ilumina nuestro caso.

Discípulos y seguidores contribuyeron especialmente en tres direcciones: 1) redactando textos biográficos sobre el maestro; 2) reelaborando algunos de sus oráculos; 3) creando nuevos oráculos.

De lo primero tenemos un ejemplo notable en el relato del enfrentamiento de Amós con el sumo sacerdote de Betel, Amasías (Am 7,10-17). Es el único pasaje biográfico de todo el libro. Pero no fue escrito por Amós, ya que se habla de él en tercera persona:

Amasías, sacerdote de Betel, envió un mensaje a Jeroboán, rey de Israel:

"Amós está conjurando contra ti en medio de Israel; el país ya no puede soportar sus palabras. Así predica Amós: 'A espada morirá Jeroboán, Israel marchará de su país al destierro'.

Amasías ordenó a Amós:

"Vidente, vete, escapa al territorio de Judá; allí puedes ganarte la vida y profetizar. Pero no vuelvas a profetizar contra Betel, que es el santuario real y nacional."

"Respondió Amós a Amasías:

"Yo no soy profeta ni del gremio profético; soy ganadero y cultivo higueras. Pero el Señor me arrancó de mi ganado y me mandó ir a profetizar a su pueblo" (...).

Dentro de este apartado de relatos biográficos escritos por los discípulos el caso más importante y extenso es el de los capítulos 34 a 45 de Jeremías, atribuidos generalmente a su secretario Baruc.

En segundo lugar nos referíamos a la reelaboración de antiguos oráculos del maestro. Un ejemplo iluminará este procedimiento. Hacia el año 725 a.C., el Reino Norte (Israel) decidió rebelarse contra Asiria. Para Isaías se trata de una locura que costará cara al pueblo. Así lo indica en el siguiente oráculo:

¡Ay de la corona fastuosa, de los ebrios de Efraín,  
y de la flor caduca, joya de su atavío,  
que está en la cabeza de los hartos de vino!  
Mirad: un fuerte y robusto, de parte del Señor,  
como turbión de granizo y tormenta asoladora,  
como turbión de aguas caudalosas y desbordantes,  
con la mano derriba al suelo  
y con los pies pisotea  
la corona fastuosa de los ebrios de Efraín  
y la flor caduca, joya de su atavío,  
que está en el cabezo del valle ubérrimo.  
Será como una breve temprana:  
que el primero que la ve,  
apenas la coge, se la traga (Is 28,1-4).

La capital del Reino Norte, Samaría, es presentada por el profeta como una ¡corona fastuosa!, una ¡flor!, ¡joya del atavío! de los israelitas. Pero las autoridades insensatas, ¡hartos de vino!, la están llevando a la ruina. Aunque el texto no habla expresamente de rebeliones ni revueltas, da a entender que el emperador asirio (¡un fuerte y robusto!) pondrá término al esplendor de la ciudad: ¡Con la mano derriba al suelo y con los pies pisotea la corona fastuosa de los ebrios de Efraín!.

Así ocurrió. El año 725 fue asediada Samaría, conquistada el 722, deportada el 720. Con ello se ha cumplido la palabra profética. Pero no era ésta la última palabra de Dios, porque El sigue fiel a su pueblo. Y un ¡discípulo! añade más tarde los versos 5-6, recogiendo las metáforas de la corona y la joya, aunque dándoles un sentido nuevo:

Aquel día será el Señor de los ejércitos  
corona enjorada, diadema espléndida  
para el resto de su pueblo:  
sentido de justicia  
para los que se sientan a juzgar,  
valor para los que rechazan  
el asalto a las puertas.

Ahora se dirige a los israelitas del Norte una palabra de consuelo. El texto ya no habla de ¡hartos de vino!, sino de hombres responsables, capaces de juzgar y defender a su pueblo. Y su timbre de gloria no es una ciudad, sino el mismo Señor, ¡corona enjorada, diadema espléndida!.

En el caso que acabamos de citar, la reelaboración no afecta directamente al texto primitivo. Lo respeta en su literalidad, aunque el añadido modifique o complete el sentido. Lo mismo ocurre en otro ejemplo, el magnífico poema de Is 14 sobre la derrota del tirano, que citaremos más adelante. Parece que esta terrible sátira fue escrita contra un rey asirio. Más tarde, cuando este Imperio desapareció de la historia, un ¡discípulo! consideró conveniente actualizar su sentido aplicándolo a los reyes babilonios. Para ello inserta el poema en medio de unas claras referencias a esta potencia:

Cuando el Señor te haya dado reposo  
de tus penas y temores,  
y de la dura esclavitud en que serviste,  
entonarás esta sátira  
contra el rey de Babilonia (Is 14,3-4a).

(Sigue el poema: Is 14,4b-21) y continúa:

Yo me levantaré contra ellos  
-oráculo del Señor de los ejércitos-  
y extirparé de Babilonia posteridad y apellido,  
retoño y vástago,  
la convertiré en posesión de erizos,  
en agua estancada,

la barreré bien barrida,  
hasta que desaparezca (Is 14,22-23).

A veces la reelaboración penetra en el texto primitivo. Puede tratarse de simples aclaraciones, que orienten al lector. Por ejemplo, en Is 7,7 dice el profeta que Dios hará subir contra Judá ¡las aguas del Eufrates, torrenciales e impetuosas!. La metáfora era clara para sus contemporáneos. Pero pudo dejar de serlo años más tarde, y un glosador añadió: ¡El rey de Asiria, con todo su ejército!.

Así queda claro el sentido de la crecida amenazadora del río Eufrates: no se trata de una catástrofe natural (imposible por otra parte: a los andaluces no puede afectarles una crecida del Ródano), sino de una invasión militar.

En otras ocasiones, estos añadidos que se insertan dentro del texto primitivo tienen una intención más profunda. Citaré como ejemplo el discutido caso de Is 7,15. El profeta, hablando con el rey Acáz, le da el famoso signo del nacimiento del Emanuel:

"Mirad: la joven está encinta y dará a luz un hijo,  
y le pondrá por nombre Dios-con-nosotros.  
Comerá requesón con miel, hasta que aprenda  
a rechazar el mal y a escoger el bien.  
Porque antes que aprenda el niño  
a rechazar el mal y escoger el bien,  
quedará abandonada la tierra  
de los reyes que te hacen temer" (Is 7,14-16).

Prescindiendo de algunos complejos problemas de traducción en la última frase, hay algo que llama la atención en este texto. Su estructura es la siguiente: nacimiento, imposición del nombre, dieta del niño, explicación del nombre.

Parece claro que el v.15, referente a la dieta del niño (¡comerá requesón con miel hasta que aprenda a rechazar el mal y a escoger el bien!) interrumpe la secuencia primitiva y ha sido añadido posteriormente. Así piensan, al menos, muchos comentaristas. Cuando nos encontramos ante un caso como éste no basta detectar el añadido posterior. Es preciso descubrir su sentido. En este ejemplo concreto, parece que la intención del glosador fue subrayar las características portentosas del niño, ya que se alimentaría con una dieta paradisíaca.

Rastrear las numerosas reelaboraciones del texto es una tarea interminable y que se presta, por desgracia, a mucho subjetivismo. Es fácil atribuir a un autor posterior los que en realidad procede del profeta.

Los discípulos y seguidores, además de redactar textos sobre la vida del maestro y de reelaborar sus oráculos, contribuyen creando nuevos poemas, mucho más numerosos de lo que cabría imaginar. Esta idea era impensable e inaceptable hace pocos años entre los católicos. Si al comienzo del libro de Isaías se dice: ¡Visión de Isaías, hijo de Amós, acerca de Judá y de Jerusalén...! (Is 1,1), la consecuencia lógica para nuestros antepasados era que todo el libro, desde el capítulo 1 hasta el 66, procedían del profeta Isaías. Quien lo negase, negaba la verdad de la palabra de Dios.

Hoy vemos las cosas de otra manera. La palabra de Dios es una realidad dinámica, y resultado secundario que todos los textos proceden del profeta Isaías o sólo algunos capítulos. Una obra es importante en sí misma, prescindiendo de quién la haya escrito. En términos musicales, la ¡Sinfonía de los juguetes! es hermosa, independientemente de que su autor sea Wolfgang Amadeus Mozart, como se pensó durante mucho tiempo, o su padre, Leopoldo Mozart.

c) La estructuración del libro . Todo el material anterior, acumulado a lo largo de años y siglos, debió de presentarse ante los redactores finales como un auténtico rompecabezas. ¿Cómo agruparlo y ordenarlo? Podemos decir que el criterio cronológico no les preocupó demasiado. Es cierto que los primeros capítulos de Isaías (1-5) parecen contener el mensaje de su primera época, y 28-33 el de sus últimos años. Algo parecido podríamos decir de Ez 1-24 (primera etapa) y 33-48 (segunda). Sin embargo, las excepciones son tantas que más bien debemos rechazar el criterio cronológico. Parece que el orden pretendido por los redactores fue más bien el temático y, dentro de éste, una división de acuerdo con el auditorio o los destinatarios. Así, en líneas generales, el resultado fue:

- oráculos de condenación dirigidos contra el propio pueblo
- oráculos de condenación dirigidos contra países extranjeros
- oráculos de salvación para el propio pueblo
- sección narrativa.

Pero no conviene absolutizar el esquema. Las excepciones superan con mucho a la regla. El libro que mejor se adapta a la estructura propuesta es el de Ezequiel. Bastante Jeremías, en el orden de los Setenta (LXX), que es distinto del de la Biblia hebrea. El caso de Isaías y de otros escritos es más complejo, aunque las ideas anteriores resultan útiles en muchos momentos para comprender su formación. Lo que no conviene olvidar, y esto es una conquista de los estudios más recientes sobre los libros proféticos, es la importancia capital de los redactores. Su labor no fue mecánica, de simple recogida y acumulación de textos. Sobre todo en algunos casos llevaron a cabo una auténtica tarea de filigrana, engarzando los poemas con hilos casi invisibles que reaparecen a lo largo de toda la obra. Analizar el libro de Isaías desde este punto de vista, como una ópera gigantesca con diversos temas que se entrecruzan y repiten, es una tarea apasionante, pero, por desgracia, tan complicada que cae fuera de las posibilidades de esta obra.

d) Los añadidos posteriores. Incluso después de las etapas que hemos reseñado, los libros proféticos siguieron abiertos a retoques, añadidos e inserciones. Tomando como ejemplo el libro de Isaías, después de estar estructurado su bloque inicial (capítulos 1,39) se añadieron los capítulos 40-66. Incluso es posible que lo último en formar parte del él fuera la llamada ¡Escatología! (cc. 24,27). Este proceso se repite en el libro de Zacarías, donde distinguiremos entre ¡Protozacarías! o ¡Primer Zacarías! (cc. 1-8) y ¡Deuterozacarías! (cc. 9-14), sin excluir que este último bloque sea obra de distintos autores.

Lo único que podemos asegurar es que hacia el año 200 a.C. los libros proféticos estaban ya redactados en la forma que los poseemos actualmente. Así se deduce de la cita que hace de ellos el Eclesiástico y de las copias encontradas en Qumrán.

## 8. Breve historia del movimiento profético

Aunque el Antiguo Testamento concede el título de ¡profeta! a Abrahán, María (la hermana de Moisés) y Débora, parece más seguro situar los comienzos del fenómeno profético hacia el siglo XI a.C., en tiempos de Samuel. En esta época inicial ofrece una imagen bastante curiosa y extraña. Se trata de grupos de personas que, mediante la música y la danza, entran en éxtasis (1 Sam 10,5-13) o en trance (1 Sam 19,18-24). Es posible que alentasen al pueblo a permanecer fieles al Señor y que acompañasen al ejército en sus batallas contra los filisteos. Pero su relación con los futuros profetas de Israel es mucho menor de lo que pudiéramos pensar. Según González Núñez no son profetas sino ¡testigos! de la presencia del Señor y auxiliares de los profetas. En realidad, no hablan en nombre de Dios, no anuncian el futuro, no son videntes, no hacen de intermediarios entre Dios y el pueblo; simplemente mantienen un quehacer religioso y llevan a cabo una forma de vida que lo facilita.

Samuel aparece en la tradición bíblica con rasgos muy diversos: héroe en la guerra contra los filisteos, juez que recorre Israel, vidente en relación con las asnas de Saúl. Ejerce también funciones sacerdotales, ofreciendo sacrificios de comunión y holocaustos. Pero lo que más subraya la tradición bíblica es su carácter profético: es el hombre que transmite la palabra de Dios. Este dato podemos observarlo ya en el capítulo sobre la vocación (1 Sam 3): advertimos un contacto nuevo y especial con Dios a través de su palabra, y se le encarga una tarea típicamente profética: anunciar el castigo de la familia sacerdotal de Elí. Por si no fuera suficientemente claro, el resumen final afirma: ¡Todo Israel, desde Dan hasta Berseba, supo que Samuel estaba acreditado como profeta del Señor! (1 Sam 3,20).

Otro rasgo profético de Samuel es su intervención en la política, ungiendo rey a Saúl. La tradición le hace ungir también a David cuando niño (1 Sam 16), pero esto quizá carezca de fundamento histórico. En cualquier caso, la unción de Saúl recuerda lo que hará Natán con Salomón (1 Re 1,11ss), el encargo que recibe Elías con respecto a Jehú (1 Re 19,16) y que ejecutará Eliseo a través de un discípulo (2 Re 9).

Por último, y más profético que lo anterior, es su denuncia del rey. En dos ocasiones se enfrenta Samuel a Saúl. La primera, con motivo de la batalla de Mikmás (1 Sm 13,7b-15); la segunda, después de la guerra contra los amalecitas (1 Sam 15,10-23).

Ambos hechos, la unción del rey y la denuncia, plantean serios problemas históricos. Sobre el primero existen dos versiones, la monárquica y la antimonárquica. Respecto al segundo es posible que exista un duplicado, ya que 1 Sam 15,10-23 parece desconocer 1 Sam 13,7b-15. De todas formas, parece claro que los autores bíblicos interpretaron a Samuel como el primer gran profeta.

Dada la imposibilidad de tratar con detenimiento cada uno de los profetas posteriores, indicaré las principales líneas de evolución hasta el siglo VIII a.C., época en que la profecía adquiere un rumbo nuevo. En estos siglos que van desde la instauración de la monarquía hasta la aparición de Amós podemos detectar tres pasos, muy relacionados con la actitud que el profeta adopta ante la figura del rey.

1. El primer paso podemos definirlo de cercanía física y distanciamiento crítico respecto al monarca. Los representantes más famosos de esta primera época son Gad y Natán. Gad interviene en tres ocasiones: aconsejando a David que vuelva a Judá (1 Sam 22,5), acusándolo de haber realizado el censo (2 Sam 24,11s) y ordenándole edificar un altar en la era de Ornán (2 Sam 24,18s). Desempeña, pues, una función de consejero de guerra, una función judicial y una función cultural. Es interesante notar que nunca se dirige al pueblo; siempre está en relación directa con David.

Natán tiene más importancia. Es el profeta principal de la corte en tres momentos decisivos de la vida de David: cuando pretende construir el templo (2 Sam 7), cuando comete adulterio con Bersabé y manda asesinar a Urías (2 Sam 12), cuando Salomón hereda el trono (1 Re 1,11-48).

Considerarlos profetas de la corte no es acusarlos de servilismo, ya que nunca se vendieron al rey. Por eso podemos definir su postura de cercanía física y distanciamiento crítico.

2. El segundo momento se caracteriza por la lejanía física que se va estableciendo entre el profeta y el rey, aunque aquél sólo interviene en asuntos relacionados con el monarca. Un ejemplo significativo es el de Ajías de Siló, del que se conservan dos relatos (1 Re 11,29-39 y 14,1-8). En ambas ocasiones se dirige -directa o indirectamente- a Jeroboán I de Israel: la primera, para prometerle el trono; la segunda, para condenarlo por su conducta. Esto demuestra que el compromiso del profeta no es con el rey, sino con la palabra de Dios. Pero también resulta interesante comprobar que Ajías no vive en la corte ni cerca del rey. La primera vez le sale al encuentro en el camino, la segunda debe ir la esposa de Jeroboán a buscarlo.

Dentro de este apartado podemos clasificar también a Miqueas ben Yimlá, que sólo aparece en 1 Re 22, cuando Ajab de Israel se une a Josafat de Judá para luchar contra los sirios. Discuten los comentaristas si se trata de una persona real o ideal. En cualquier caso, el texto es muy interesante para la confrontación entre verdaderos y falsos profetas. Estos aparecen merodeando junto al rey, anunciando el éxito, deseando quedar bien. Miqueas no está presente; tiene que ir a buscarlo. Y no se compromete a nada, sólo a ¡decir lo que el Señor me mande! (v.14).

3. El tercer momento concilia la lejanía progresiva de la corte con el acercamiento cada vez mayor al pueblo. El ejemplo más patentes es el de Elías. En los casos de Ajías y Miqueas ben Yimlá, cuando el rey busca al profeta, lo encuentra. Con Elías no ocurre así, como reconoce Abdías: ¡No hay país ni reino a donde mi señor no haya enviado gente a buscarte.... Cuando yo me separe de ti, el espíritu del Señor te llevará no sé dónde, yo informaré a Ajab, pero luego no te encuentra, y me mata! (1 Re 18,10ss). Efectivamente, Elías nunca pisa el palacio de Ajab. Una vez le sale al encuentro ¡en la viña de Nabot! (1 Re 21). Y en la otra ocasión que se acerca a él, por mandato expreso del Señor, exige la presencia de todo el pueblo (1 Re 18,19). sus relaciones con Ocozías no fueron muy distintas; nadie puede obligarlo, ni siquiera por la fuerza, a presentarse ante el rey; él lo hará voluntariamente para anunciarle su muerte (2 Re 1). Por otra parte, Elías se acerca a la gente, como lo demuestra el episodio de la viuda de Sarepta (1 Re 17,9-24) y el juicio en el monte Carmelo (1 Re 18). Estos tímidos pasos serán continuados por Eliseo, el profeta más ¡popular! del Antiguo Testamento.

A partir de ahora, los profetas se dirigirán predominantemente al pueblo. No dejan de hablar al rey, ya que éste ocupa un puesto capital en la sociedad y la religión de Israel, y de su conducta dependen numerosas cuestiones. Pero se ha establecido un punto de contacto entre el movimiento profético y el pueblo, y ambos irán estrechando sus vínculos cada vez más.

En el siglo VIII surge un fenómeno totalmente nuevo dentro de la profecía: la aparición de profetas que nos dejan su obra por escrito. Por ello se les conoce como ¡profetas escritores!, aunque el término clásico alemán Schriftpropheten debemos traducirlo más bien por ¡profetas con obra escrita!.

¿Tiene un sentido especial esta consignación por escrito del mensaje profético? En principio podríamos atribuirlo simplemente a la difusión cada vez mayor de la escritura. Pero numerosos autores piensan que la causa es más profunda. Si el mensaje de los profetas a partir de Amós se conservó por escrito fue debido a que su palabra causó honda impresión en los oyentes. Habían escuchado algo

nuevo, totalmente diverso de lo anterior, que no podía ser olvidado. Eso nuevo consistirá en el rechazo del ¡reformismo! para dar paso a la ¡ruptura total! con las estructuras vigentes.

Podemos decir que los profetas anteriores a Amós eran reformistas. Admitían la estructura en vigor y pensaban que los fallos concretos podían ser solucionados sin abandonarla. A partir de Amós no ocurre esto. Este profeta advierte que todo el sistema está podrido, que el muro de Israel está abombado y no puede mantenerse en pie; el Reino Norte es como un cesto de higos maduros, maduros para su fin. Con palabras de Isaías, el pueblo de Dios es un árbol que debe ser talado hasta que sólo quede un tocón insignificante. Única solución es la catástrofe, de la que emerge, al correr del tiempo, una semilla santa (Is 6,13).

Esta novedad tan grande, este corte radical con la predicación de los profetas anteriores, habría motivado que el mensaje de Amós se consignase por escrito. Y es posible que, a partir de él, se convirtiese en costumbre para los profetas siguientes, sin olvidar que a veces es el mismo Dios quien les ordena escribir sus oráculos (véase Is 30,8-10; Jer 36; Is 27-32, etc).

Otro dato que impresiona en la profecía del siglo VIII es la acumulación, en el breve espacio de medio siglo, de cuatro profetas de gran talla: Amós, Oseas, Isaías y Miqueas. Es, sin duda, la época de oro de la profecía israelí. Ya que resulta imposible tratar la vida y el mensaje de estos grandes protagonistas, sintetizaremos la problemática en la que se mueven, destacando tres aspectos fundamentales: social, político y religioso.

La problemática social, con sus diversos matices, aparece en los cuatro profetas. Amós y Miqueas son los más preocupados por el tema. Al primero le duele sobre todo la situación de los marginados sociales; a Miqueas, la opresión de los campesinos de la Sefela por parte de los terratenientes y las autoridades de Jerusalén. Isaías da la impresión de vivir en la capital y de enfocar el problema desde otro punto de vista, fijándose no sólo en la opresión de los pobres, sino también en la corrupción de los ricos.

Esta importancia tan grande de los problemas sociales no tiene nada de extraño en el siglo VIII. Tanto el Reino Norte como el Sur habían pasado rápidamente de una situación trágica, de gran pobreza, a un auge económico sólo comparable con el del reinado de Salomón. Pero este desarrollo de la agricultura y de la industria se consiguió a base de los más pobres. Es verdad que siempre se dieron desigualdades en el antiguo Israel, pero ahora adquieren proporciones alarmantes. El abismo entre ricos y pobres crece sin cesar, y Amós no duda en dividir la población de Samaría en dos grandes grupos: los ¡oprimidos! y ¡los que atesoran! (Am 3, 9-12).

La problemática religiosa tiene dos vertientes. Por una parte, encontramos el culto a dioses extranjeros, especialmente a Baal, que se da prácticamente desde el tiempo de los Jueces. Los israelitas, al asentarse en Palestina y dedicarse a la agricultura, no pensaban que Yavé pudiese ayudarles en este nuevo tipo de actividad. Se encomiendan a Baal, dios cananeo de la fecundidad, las lluvias, las estaciones, al que atribuyen ¡el pan y el agua, la lana, el lino, el vino y el aceite! (Oseas 2,7). Y surge la lucha religiosa más enconada de la historia de Israel, que adquiere matices trágicos en tiempos de Elías, con la matanza de los cuatrocientos sacerdotes de Baal, y en la revolución de Jehú (2 Re 10). Oseas no pretende solucionar el problema por las armas, incluso critica duramente a Jehú, que intentó purificar el culto a base de sangre. Lo que el profeta desea es que el pueblo adquiriera un mayor conocimiento de Dios y se convirtiera.

La segunda vertiente del problema religioso es más grave y aparece en los cuatro profetas del siglo VIII. Se trata de la falsa idea de Dios fomentada por un culto vacío, por una piedad sin raigambre, por unas verdades de fe mal interpretadas. En definitiva, se trata de un intento de manipular a Dios, de eliminar sus exigencias éticas, contentándolo con ofrendas, sacrificios de animales, peregrinaciones y rezos. El Dios de la justicia, que quiere un pueblo de hermanos y no tolera la opresión de los débiles, se convierte para la inmensa mayoría del pueblo en un dios como otro cualquiera, satisfecho con que el hombre le rinda culto en el templo y le ofrezca sus dones. Y la alianza del Sinaí, condicionada a la respuesta ética del pueblo, se transforma en una promesa incondicional, que ata las manos a Dios y sitúa a Israel por encima de los demás pueblos. Los cuatro profetas reaccionarán duramente contra esta perversión de la idea de Dios.

La problemática política es también fundamental en esta época, debido a las graves circunstancias nacionales e internacionales. Donde aparece con mayor fuerza es en Oseas e Isaías. La chispa que hará estallar la bomba es la subida al trono de Asiria de Tiglatpileser III (año 745 a.C.). Su política imperialista y la de sus sucesores (Salmanasar V, Sargón II, Senaquerib) transformarán el Antiguo Oriente en un campo de batalla donde Asiria intenta imponer su hegemonía sobre pueblos pequeños y tribus dispersas.

Frente a ella, Egipto aparece como la única potencia capaz de oponérsele. Y así surgirán en Israel y Judá dos partidos contrarios, uno asirófilo y otro egipciófilo, que harán oscilar la política hacia uno u otro extremo. Lo típico de Oseas e Isaías es su defensa de la neutralidad, su oposición radical a las rebeliones contra Asiria y a las alianzas con este país o con Egipto. Algunos han acusado a estos profetas, especialmente a Isaías, de política utópica. Otros los defienden como hombres de gran intuición y prudencia política. Lo cierto es que ambos fracasaron. Ni las autoridades ni el pueblo les hicieron caso.

A la edad de oro de la profecía siguen muchos años de silencio. Bastantes comentaristas dirán que unos setenta y cinco. En gran parte se explica por el largo reinado de Manasés (cincuenta y cinco años), hombre despótico, que derramó ríos de sangre inocente, de forma que inundó Jerusalén de punta a cabo! (2 Re 21,16). Es posible que en su tiempo surgiesen profetas, aunque la frase anterior sugiere que no les darían la oportunidad de decir muchas cosas. Quizá podamos datar durante su reinado la profecía de Nahúm, en contra de lo que piensan muchos comentaristas.

Pero es a finales del siglo VII cuando volvemos a encontrar un grupo de grandes figuras: Sofonías, Jeremías, Habacuc. No resulta fácil sintetizar su problemática porque tienen puntos de vista muy distintos. Sofonías alienta la reforma religiosa y política del rey Josías. Habacuc se plantea el problema de la historia, de esa serie ininterrumpida de potencias opresoras (Asiria, Egipto, Babilonia), difícil de conciliar con la bondad y la justicia de Dios.

Pero la gran figura de la época es Jeremías, que recoge el tema de la catástrofe anunciada por los profetas del siglo VIII. No es masoquismo ni sadismo lo que le guía, sino la negativa del pueblo a convertirse. Ante esta actitud, Dios impone un castigo menor, el sometimiento a Babilonia, nueva dominadora del mundo antiguo. Pero el rey y las autoridades se niegan a aceptarlo. Confiando una vez más en la ayuda de Egipto, promueven la rebelión. Y ésta llevará a la catástrofe definitiva. El año 586 cae Jerusalén, desaparece la monarquía, el templo es incendiado junto con la ciudad y tiene lugar la segunda y más importante deportación. Jeremías, que no descuida los problemas sociales ni la crítica a la falsa religiosidad, es el punto culminante de la profecía anterior al exilio. En su época se cumplen las amenazas formuladas un siglo antes por sus predecesores.

La caída de Jerusalén marca una nueva etapa en la historia de la profecía. Antes de ella estuvo dominada por el tema del castigo y la amenaza. A partir de ahora, los profetas hablan de esperanza y consuelo. Ezequiel y el Deuteroisías, los dos grandes representantes de la profecía exílica, van en esta línea. Ezequiel había comenzado su actividad en Babilonia antes de la caída de Jerusalén; igual que Jeremías, anunció entonces la catástrofe inminente. Pero en la segunda etapa de su actividad anuncia la renovación total, política, social, económica, religiosa. Su visión del futuro es quizá demasiado ambiciosa y perfecta, no falta ningún aspecto y se extiende hasta los últimos tiempos, los que siguen a la victoria definitiva de Dios sobre sus enemigos.

Los profetas posteriores a Ezequiel participan de su esperanza, pero se mantienen a niveles más modestos. El Deuteroisías, por ejemplo, centra su esperanza en la liberación de Babilonia y en la posterior restauración de Jerusalén. Si tiene que anunciar algo inaudito no es la victoria de Dios en la guerra, sino su triunfo por medio del sufrimiento y la muerte del Siervo.

Ageo, Zacarías y el grupo de profecías, anónimas que conocemos como el Tritoisías (Is 56-66), se sitúan en las primeras décadas posteriores a la vuelta de Babilonia. El primero insiste en la reconstrucción del templo y fomenta la esperanza de un nuevo rey davídico, al que identifica con Zorobabel, cerrando sus profecías con la victoria de Judá sobre sus enemigos. Zacarías se mueve en una temática parecida, aunque la desarrolla con cuadros e imágenes de suma originalidad, aprovechados posteriormente por la literatura apocalíptica. La problemática de Is 56-66 es demasiado amplia para poder resumirla. Pero se advierte en estos capítulos un fenómeno importante: la profecía se aísla cada vez más de la situación presente y se refugia en el futuro, en ¡el cielo nuevo y la tierra nueva! (Is 65,17). La diferencia con los autores del siglo VIII e incluso con los del VII es manifiesta. Malaquías, en el siglo V, representa un punto de vista distinto, centrado totalmente en lo concreto; pero resulta una problemática demasiado pequeña y cotidiana.

La época posexílica aporta también el librito de Joel, la llamada ¡Apocalipsis de Isaías! (Is 24,27), la colección conocida como ¡Deuterozacarías! (Zac 9,14) y otros textos. Una producción interesante, pero que no logra evitarnos la impresión de que la profecía va languideciendo. Hasta que desaparece por completo. Russel piensa que las causas que contribuyeron a la desaparición de la profecía fueron:

- La canonización de la ¡ley! (Pentateuco), que probablemente tuvo lugar en el siglo V. A partir de entonces, el pueblo tiene un medio seguro de conocer la voluntad de Dios, no es preciso estar pendiente de la palabra profética.

- El empobrecimiento creciente de la temática profética. Por una parte, se centra demasiado en el futuro lejano. Por otra, cuando habla del presente, no trata los grandes temas y le falta el carácter incisivo de los antiguos profetas.

- El pulular creciente de las religiones de salvación, magos, adivinos, que el pueblo identifica a veces con los profetas. Esta peligrosa identificación hace que el profetismo caiga en descrédito.

De cualquier forma, la profecía siguió gozando de gran prestigio en Israel. Pero con un matiz importante. Se estimaba grandemente a los antiguos profetas y se esperaba la venida de un gran profeta en el futuro (ver 1 Mac 4,46; 14,41). Según una corriente, se trataría de un profeta como Moisés (ver Dt 18,18); de acuerdo con otra, inspirada en Malaquías 3,23, sería Elías quien volviese. Esta esperanza se cumplirá, para los cristianos, en las personas de Juan Bautista y Jesús.

Las páginas anteriores nos han puesto en contacto con los principales profetas de Israel en una visión rápida, excesivamente fría. En el fondo sigue latiendo la pregunta misteriosa con que abrimos la introducción: ¿qué es un profeta? ¿Qué siente?

Termino respondiendo en parte con unos versos de José María Valverde a propósito de los poetas. El profeta es muchas veces un poeta, y lo que vale para éstos es válido también para aquéllos.

Señor, ¿qué nos darás en premio a los poetas?  
Mira, nada tenemos, ni aun nuestra propia vida;  
somos los mensajeros de algo que no entendemos.  
Nuestro cuerpo lo quema una llama celeste;  
si miramos, es sólo para verterlo en voz.  
No podemos coger ni la flor de una vallado  
para que sea nuestra y nada más que nuestra,  
ni tendernos tranquilos en medio de las cosas,  
sin pensar, a gozarlas en su presencia sólo.  
(...)

Tú no nos das el mundo para que lo gocemos.  
Tú nos lo entregas para que lo hagamos palabra.  
Y después que la tierra tiene voz por nosotros  
nos quedamos sin ella, con sólo el alma grande...  
Ya ves que por nosotros es sonora la vida,  
igual que por las piedras lo es el cristal del río.  
Tú no has hecho tu obra para hundirla en el silencio,  
en el silencio huyente de la gente afanosa;  
para vivirla sólo, sin pararse a mirarla...  
Por eso nos has puesto a un lado del camino  
con el único oficio de gritar asombrados.  
(...)

Esto que nos exalta sólo puede ser tuyo.  
Sólo quien nos ha hecho puede así destruirnos  
en brazos de una llama tan cruel y magnífica...  
Tú que cuidas los pájaros que dicen tu mensaje,  
guarda en la muerte nuestros cansados corazones;  
dales paz, esa paz que en vida les negaste,  
bórrales el doliente pensamiento sin tregua.  
Tú nos darás en Ti el Todo que buscamos;  
nos darás a nosotros mismos, pues te tendremos  
para nosotros solos, y no para cantarte.

(¡Oración por nosotros los poetas!, de Enseñanzas de la edad).